SELECTA

Año IV—Número 7 | Santiago de Chile, Octubre de 1912 | Precio: UN PESO

BELLEZA ARGENTINA

SEÑORITA TITA AVILA

HECHOS Y NOTAS

EL deseo de adquirir fortuna, es, sin duda, legítima aspiración del hombre. No puede considerarse, tan sólo, como un mero propósito egoísta y bajo, como instinto de materialidad indigno de seres elevados; la aspiración a la fortuna, tiene o puede tener como propósito, la formación de una familia en buenas condiciones, con educación cuidada, con el porvenir asegurado. Es el pan para la vejez, un asilo para los días tristes, las seguridades del reposo bien ganado; es además la independencia, la libertad de imposiciones ajenas, el derecho de pensar por nosotros mismos, sin que nada, ni contemplaciones ni miramientos ajenos, vengan a distraernos o apartarnos del camino que nuestra conciencia nos traza.

A pesar, pues, de lo que muchos hayan dicho en contrario, no es el dinero un mal ni una perturbación para el ser humano, ni motivo o causa de corrupciones.

Por desgracia, la sociedad moderna tiende a conceder al dinero mucho mayor lugar del que en realidad le corresponde. No es tan bajo que debamos despreciarlo, ni tan alto que pueda servirnos de faro y guía en nuestra vida.

Por eso Dumas hijo, afirmó que el "dinero es un buen servidor y un mal amo".

Desgraciadas de las sociedades para las cuales el dinero es la única aspiración y la suprema dicha; están condenadas a desaparecer de la superficie de la tierra en breve espacio, dejando de pertenecer a la raza noble de los pueblos libres y soberanos que disponen de sus destinos propios, para caer entre las razas destinadas a servidumbre y a condición subalterna y miserable.

Los pueblos, así como los hombres, necesitan un ideal que debe de ser muy noble y muy alto, un ideal de belleza moral y de elevación patriótica.

Acaso por tener semejante ideal ha llegado el Japón al puesto tan alto que ahora ocupa en el universo, entre las naciones más poderosas y de influencia mundial.

Al iniciarse la guerra ruso-japonesa tenía fuerza poderosísimas que ocultaba cuidadosamente; pero más que sus fuerzas militares valían aún sus fueras morales, de las cuales ha dado tan clara muestra, no solamente con el heroísmo de sus soldados, sino también con los sacrificios de sus ciudadanos y de su pueblo más humilde.

El Japón es un pueblo de altos ideales. Sus estadistas quisieron elevarlo a la categoría de gran pueblo y sus simples ciudadanos comprendieron que para llegar a esos fines de predominio era menester de grandes sacrificios personales. Los individuos debían desaparecer ante la raza, borrarse ante la colectividad, morir para que triunfara todo un pueblo. Ese gran concepto es lo que ha procurado el triunfo a ese pueblo pequeño y pobre, si se le compara con Rusia, que es casi un continente.

El gobierno japonés tiene ideales, el pueblo japonés también los tiene, inspirados siempre en grandes sacrificios. ¿Qué cosa es la vida efímera del ser humano, comparada con la fe de una raza? parecen decirnos esos hombres que saben morir por la patria en los momentos graves. El suicidio del general Nogi, del ilustre vencedor de Port Arthur, es un acontecimientos que en estos propios instantes llama la atención del mundo entero. El suicidio, en sí mismo, no puede ser recibido por ninguna moral, ni por pueblo alguno; tenemos que ver en él forzosamente algo de salvaje y bajo todo punto inaceptable. Pero, dejando aparte esa repugnancia moral que a nosotros los occidentales nos inspira semejante concepto de la conducta individual, dentro de un criterio general y humano, indudablemente se necesita valor para destruir el instinto de conservación y para quitarse la vida.

La cobardía, el apego a la existencia, por triste que sea, es instinto humano, muy humano. Se necesita heroísmo para borrar los ímpetus que nos hacen amar hasta la existencia amargada por pesares sin cuenta. Tenemos que hacer un tremendo esfuerzo sobre nosotros mismos, acudir a nuestra dignidad y al sentimiento del honor, para sacrificar nuestra existencia—lo más precioso que tenemos.—A ella nos aferramos con una persistencia al parecer in-

vencible. Por otra parte, a más de esto, el alma civilizada de occidente es cristiana y el cristianismo condena con la mayor severidad el suicidio, de manera que la atmósfera moral es contraria entre nosotros a ese acto sangriento.

No acontece lo mismo en el Japón: allí ha pasado a las costumbres lo contrario. El suicidio forma parte de las costumbres nacionales. Entre los años de 1897 y 1902 se han suicidado en el Japón cerca de cincuenta mil personas, según afirma Mr. Naueau. En la catarata de Kegon, cerca de Nitko, se suicidaron ciento ochenta personas en el solo mes de Noviembre de 1907. La muerte ha llegado a ser considerada como un simple accidente que nada significa, como una transición sin importancia: de aquí el valor militar de sus soldados. Pero, no por ser más débil el instinto de conservación deja de ser hecho positivo; para vencerlo se necesitan fuertes causas que arrastren y perturben al ser humano, envolviendo su conciencia en sombras. Un desengaño amoroso, las miserias ordinarias de la vida, un desencanto, la pobreza o enfermedades que agobian: siempre existe causa oculta y poderosa que mueve al ser humano.

El caso de Nogi es bien distinto: la vida le sonreía en todos sus aspectos; figuraba entre los vencedores de la gloriosa campaña, en la cual se había cubierto de gloria, prestando a su país inmensos servicios. Figuraba entre los más brillantes generales de su época; tenía lo necesario para la vida, posición eminente entre los suyos; era amado de su esposa, a quien amaba. Las flores de la vida habían caído sobre su lecho en lluvia de ternuras. Había llegado a la más elevada jerarquía militar y nada le faltaba de lo que se consideraba como halagador para la vanidad humana, y sin embargo buscó la muerte.

Es que deseaba tributar a su Emperador el supremo homenaje: el de su propia vida, que le ofrecía como inmenso holocausto simbólico, para darle un tributo de supremo respeto. El Emperador había creado un pueblo, le había dado organización moderna formidable, le había transformado, infundiéndole el soplo de la civilización occidental, de la ciencia, del pensamiento, de la fuerza; le había dado una nueva y vigorosa contextura política. Era como un soplo que había creado un mundo.

El Grande Emperador ya no existía. Las sombras de la noche se hallaban iluminadas por millares de antorchas y lámparas de arcos voltaicos, farolillos trepidaban como duendes, como almas luminosas. Multitud inmensa se agrupaba como poderoso mar, en las exequias del grande hombre.

Los jardines imperiales habían sido invadidos por la muchedumbre que la fuerza pública no podía contener. El cañón tronaba sin cesar en medio del recogimiento religioso de la multitud tronchada por el inmenso sentimiento de los días de grandes catástrofes. El cortejo fúnebre, el carro arrastrado por seis bueyes cubiertos de paños blancos bordados de oro, avanzaba lentamente hacia el sepulcro de los Emperadores en lo alto de la colina; y el cañón tronaba recordando con su voz poderosa la grandeza del muerto; era el mismo cañón que había anunciado los días de victoria. Entre las luces de linternas brillaban las bayonetas de treinta mil soldados de la guardia de honor del soberano muerto, representando a los ejércitos en la plenitud de la gloria y de la fortuna, como inmenso símbolo de un siglo de historia desarrollado en unos cuantos años de reinado.

Las plegarias de un pueblo por el alma del soberano se elevaron a un mismo tiempo de millares de pechos, como el más alto incienso espiritual.

Y mientras los cañones daban la señal de las grandes oraciones, el heroico Nogi, el vencedor de Porth Arthur, se suicidaba, como supremo homenaje al alma del señor a quien quería acompañar en la hora suprema así como le había acompañado en los momentos supremos de su vida. Y moría en compañía de su propia mujer, como para significar al mundo que moría junto con lo que más amaba, haciendo el supremo sacrificio en aras del grande afecto que había tenido por el fundador de un Imperio.

Nunca el principio de autoridad, base y fuerza de las sociedades todas, ha tenido reconocimiento más espléndido y completo.

El suicidio de Nogi podrá ser condenado por nuestra manera de ver occidental, pero no podemos dejar de reconocer la grandeza del pensamiento moral que lo inspiraba.

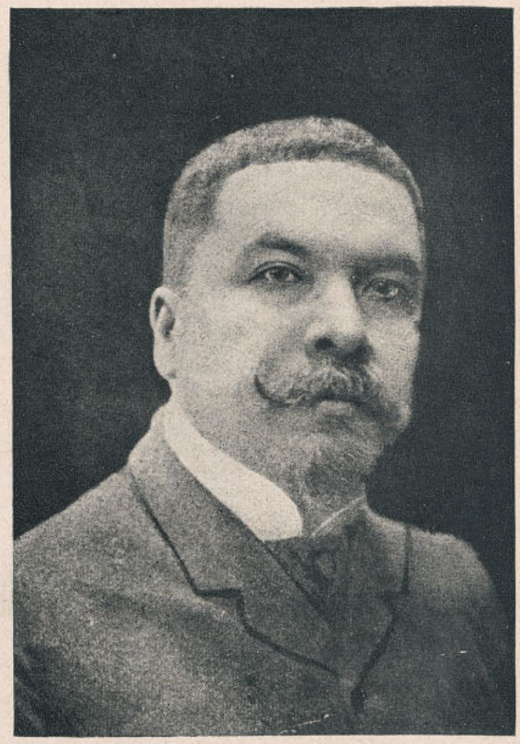
LUIS ORREGO LUCO

RUBEN DARIO

El ilustre poeta que, cuatro lustros ha, pasó por nuestra tierra pobre y anónimo, sin más tesoro que el de sus rimas ni más corona que la de sus sueños, se muestra ahora victorioso, halagado por la fortuna y laureado por todos los éxitos. Quienes en aquella época de adversidad y de lucha le aplaudieron y le apoyaron pueden estar satisfechos de su intuición o de su generosidad. El bohemio de ayer es príncipe hoy.

Rubén Darío es, sin disputa, actualmente el primer poeta en lengua española y uno de los grandes poetas que, como Emilio Verhaeren, Gabriel d'Annnunzio, Francis Jammes y Eugenio de Castro, presiden el florecimiento lírico del mundo latino. El ha estimulado en nuestro continente la primera eclosión de arte auténtico, ha provocado en España el renacimiento del espíritu apolíneo y ha despertado en el extranjero ecos de entusiasmo y de admiración. En América, él ha sido, sino el único, el más conspícuo iniciador del arte puro y personal, libre y sugestivo, de que se enorgullece nuestra generación. ¿Decadentismo? ¿Simbolismo? ¡Vanas palabras! Arte liberado de cánones y emancipado de ídolos, arte ardiente y palpitante, como el espíritu y como la carne; arte libre, arte nuevo, arte, arte, arte: eso que nuestros padres, cohibidos por las retóricas, limitados por las preocupaciones, poseídos por el utilitarismo, no lograron realizar sino en contados instantes: eso que ha realizado nuestra generación. En España él ha sido el animador del arte renovado y selecto, floreciente en la obra de los poetas jóvenes, que ha conseguido reanimar el genio lírico de la raza, moribundo en la estrechez de los convencionalismos y la estagnación de las repeticiones. Y en el extranjero él ha logrado penetrar de modo tal que, sin haber traducido libro alguno, su nombre es conocido y saludado por la "élite" intelectual de toda Europa.

Para dar cima a este movimiento, Darío no ha necesitado el clarineo de proclamas ni el estruendo de bombos, de que usa y abusa nuestro buen amigo F. T. Marinetti. Le ha bastado la realización de su obra de artista, bella de toda belleza e idiosincrásica de toda idiosincrasia. Le ha bastado crear el templete de alabastro, de "Azul"; la isla de oro poblada de princesas y centauros, de "Prosas Profanas"; el bosque de púrpura, en que cada laurel es el árbol que canta, de "Cantos de Vida y Esperanza"; los propileos marmóreos bullentes de semidioses, de "Los Raros" y "Opiniones", y los jardines lujuriosos llenos de raras y variadas flores.



RUBEN DARIO

En esa obra está consumada toda una revolución en el gusto, en el estilo, en el verso. Inspirándose en los grandes artistas contemporáneos, que han llegado a hacer de la forma el vaso transparente de la sensibilidad, el poeta ostenta allí un estilo maravilloso, no usado todavía en nuestra literatura, que vibra, pinta, canta y aun transporta más allá de lo que expresa, sugiere; un estilo vivo y sensitivo, que se matiza del color de las cosas que interpreta y se anima del calor de la mano que lo esgrime; un estilo que es de la idea lo que el cristal de la luz: continente y reflector. Apoyándose en el simbolismo francés, es decir, en lo que había de transcendental en esa tendencia, él se hace allí intérprete de una poesía aún no oída en castellano, poesía exquisita y vaga, hecha de matices y de músicas; rompiendo con la tiranía de los acentos fijos que encadenaban los metros tradicionales, sus versos se despliegan dúctiles, tremantes, llenos de gracia y como de vida, siguiendo el ritmo interior de la melodía ideal, llegando a producir efectos musicales de una armonía, de una suavidad de que no se creyera capaz a la áspera lengua de Quintana.

Más guiado por su claro talento, este revolucionario buscó, además, un apoyo, una base para su obra en la pura, en la verdadera tradición. Así, él asciende a la frente prístina del arte greco-latino, retorna a la mina olvidada de la poesía castellana de la Edad Media, vírgen de neoclasicismos o academismos de importación. Y hé aquí que sus poemas, que suenan con música completamente moderna, suben por momentos al falerno de Virgilio o al "bon vino" de Berceo. Si algunas veces canta la frivolidad exquisita de las marquesas de cabellos empolvados y sonrisas teñidas o celebra el divino tropel de los centauros, sonoro entre los laureeresas; otras, engarza versos en que se percibe, como a través de una esmeralda, la lujosa flora del trópico; exhuma ciertos moldes perdidos de los trovadores castellanos del siglo XV o lanza su famoso poema "A Roosbelt", en que interpreta el sentir de la patria continental.

Rubén Darío ha sido el fascinador de toda una generación de artistas. Los hombres prácticos podrán poner las bocas en forma de O y los brazos en forma de U. ¿Pero cuál de los poetas que hoy triunfan en nuestra lengua podrá decir que, al gustar la obra de este mago, no sintió esa angustia deliciosa, ese júbilo cristalino de las revelaciones supremas? ¿Cuál de ellos podrá negar que, en sus sueños adolescentes, identificando al poeta con sus creaciones, le vió como un príncipe de leyenda, que oculta el morbo incurable de la tristeza en la molicie de las sedas y el esplendor de las pedrerías? En cuanto a nosotros, diremos con franqueza que a los dieciocho años, al leer por primera vez su maravillosa "Romanza a una Estrella", experimentamos algo así como la impresión excelsa de una embriaguez de luz, y nuestros versos noveles, que flotaban sobre los lirios del jardín romántico, se lanzaron en pleno azul, tras el beso divino de la princesa de los "labios luminosos".

Admiramos al gran poeta. Aún cuando hoy no estamos completamente de acuerdo con su estética, y en nuestros últimos libros nos salimos por completo del radio de su dominación, admiramos al gran poeta. Así, al llegar a Europa, siete años ha, no pusimos gran empeño en conocerle. La presentación de otro escritor hispano-americano, que entonces apreciábamos, nos había proporcionado una amarga desilusión. Le conocimos, sin embargo. La primera entrevista en un burgués "garní" del bullanguero barrio de la Bourse, nos dejó desconcertados. Aquel hombre fuerte y rudo, que no tenía del príncipe que esperábamos más que las manos delicadísimas, en que una "piedra de luna" ponía su esplendor inefable, nos pareció duro, huraño y hasta descortés. Uno de sus amigos íntimos (José Ingegnieros, creemos) nos explicó la cosa: "Darío es un niño grande sin la menor noción de la vida práctica. Su enfurruñamiento está hecho, más que de orgullo, de timidez. Su actitud reservada y casi hostil para con los extraños es la de un niño temeroso ante lo desconocido de la vida..." Era verdad. La segunda vez que le visitamos se mostró amable y casi expansivo; al marcharnos oprimíamos bajo el brazo su último libro: "Opiniones", gentilmente dedicado.

Algún tiempo después el acaso nos llevó a habitar a cortísima distancia: él en la rue Corneille, frente a las galerías del Odeón; nosotros en la rue Casimir Delavigne (dos calles "literarias") a un paso del teatro famoso. En cuanto nos dimos cuenta de ello, nos vimos con frecuencia. Casi todas las tardes íbamos nosotros a visitar al poeta en su salón decorado por el Verlaine de Carriére y por un retrato suyo de aire arcaico y severo como un Halbein, cuya reproducción ilustra estas líneas. Y cuando solíamos faltar, venía él a buscarnos, a nuestro cuarto del quinto piso del Hotel Saint Suplice, digo, Sulpice. Estaba solo en París, sin la compañía abnegada de las personas que lo rodean, entonces en España. Contra sus gustos, tenía, pues, que hacer "vida de exterior". Alguna vez le acompañamos a almorzar en un restaurant turco, que acababa de "descubrir", en donde, por algo más de un franco, se comía arroz a la oriental, asado en pedacitos, aceitunas negras, "alba" y café espeso. "¡Es admirable! exclamaba el poeta entusiasmado. lástima que sea tan barato!..." Huelga decir que en esto no estábamos de acuerdo. Otras veces íbamos al boulevard Saint Michel a tomar el aperitivo en la terraza del Vachette, templo de Moréas, bajo la melancolía de las hojas cayentes, en la angustia violeta de la tarde de Otoño.

Entonces tuvimos ocasión de conocer íntimamente al hombre. Y pudimos comprobar que la mayoría de las leyendas que sobre él circulan, leyendas son. Aprovechando la ocasión de su libro "Parisiana", que acababa de aparecer, hicimos un artículo, que enviamos a "Zig-Zag", en que hablábamos del carácter y la vida privada del poeta. "Este artista de selección, este poeta refinado, decíamos, es un espíritu elevado y sereno, un carácter íntegro y caballeroso y, sobre todo, un gran corazón: no

gusta de la exhibición, abomina del arrivismo y tiene el "horror de la literatura"... Además, este soñador es un gran laborioso. Se levanta al alba. De noche no sale. No frecuenta los cafées. Estudia, observa, trabaja..." La cosa despertó sonrisas. Nosotros éramos sinceros. Referíamos sencillamente lo que en aquel momento observábamos.

Pero cuando intimamos verdaderamente con Darío, tramando la buena amistad que nos une, fué dos años después, cuando él regresó de España, donde permaneciera cierto tiempo como ministro plenipotenciario de su patria. Al llegar a París, la primera visita que hizo fué a nuestro departamento de la rue Le Verrier. Deseaba habitar cerca de nosotros, en aquel barrio pulcro y silencioso, arrullado por la avenue de l'Observatoir, ese rincón de Versalles con prados simétricos, esculturas clásicas y follajes recortados, incrustado en pleno París. Pronto encontramos el nido anhelado, con gran regocijo de ambos, en un "rez-de-chaussée" de la rue Helder, entre la alegría estudiantil del boulevard Saint Michel y el encanto melancólico de la señorial avenida. Aquella noche cenamos en el Café de la Paix.

Desde entonces nos vimos contínuamente durante más de dos años, hasta el momento en que nosotros regresamos a América. Como él adora la vida de interior, al extremo de pasar dos o tres meses sin salir, íbamos nosotros a verle. En pos de la cotidiana labor, por las tardes o por las noches, nos reuníamos, pues, en el amable "rez-de-chaussée", a charlar íntimamente ante los vidrios pálidos de luz gris o la chimenea ardiente de llamas purpúreas. ¿De qué charlábamos? ¡Oh, siempre de lo mismo y sin repetirnos jamás! De la actualidad literaria, de nuestros proyectos artísticos y de América: de las letras y, más aún, de los problemas internacionales. Los que vivimos largo tiempo en Europa llegamos a interesarnos, tanto como por la "petite patrie", por la gran patria continental. A la contínua venía a acrecentar la reunión algún escritor americano de paso por París: hoy, Fabio Fiallo; mañana, Fernández Guardia; pasado, Tulio Cesteno, Max Grillo o el amable y querido doctor Debayle. O venía a animar la charla alguna dama más o menos letrada, como Madame de Courriere, la famosa prima de Remy de Gourmont, mujer singular que, sin ser precisamente escritora, ha tenido tan señalados roles en la vida de la generación simbolista. Y siempre amenizaba y divertía la tertulia un mocito de cinco años, algo esquivo pero habilísimo, heredero del nombre y acaso del talento de Rubén Darío. A veces éramos nosotros quienes traíamos al círculo a algún escritor o artista americano o español, como Diez Canedo o Fermín Arango, o a Mademoiselle de Conti, joven escritora francesa, que solía servirnos de traductor, en quien Darío distinguía la discreción y la finura.

Todo esto no quiere decir que nuestras relaciones con el poeta no sufrieran alteración. Darío es lo que los franceses llaman un "hombre difícil": su carácter de niño grande lo torna a veces veleidoso o inconsecuente. Y nosotros no somos del todo "fáciles": nuestra "terrible espontaneidad", que notara Santiván, nos hace en ocasiones insoportables. Más de una vez, pues, por algo o por nada, nos apartamos resentidos, enconados. Pero en cuanto la vida o el azar volvía a acercarnos, sencillamente, sin explicaciones, reanudábamos nuestra amistad y, con ella, las reuniones y las charlas. ¡Oh, esas horas de intimidad y de expansión! En elas encontramos más de una vez, el aplauso y el estímulo alentadores en la angustia de una vida de lucha ardua y continua y, lo que es peor, de exigencias sociales y medios precarios. Todo éxito conseguido en nuestra carrera, como la publicación de un nuevo libro o el ingreso al "Mercure de France", y hasta algún triunfo mundano alcanzado en los salones literarios encontraban en el buen amigo la frase estimulante o la sonrisa cumplimentadora. Gentileza tanto más preciosa cuanto que de nuestra tierra no recibimos nunca el más nimio apoyo y sólo raras veces contadas felicitaciones. ¡Nuestra tierra! A menudo, Darío hablaba de ella, evocando los días lejanos que allí vivió, con la dulzura y la melancolía de los recuerdos juveniles. Refería los triunfos que le valieron "Abrojos", "Rimas", "Azul". Decía las angustias que le prodigaron la incomprensión, la miseria y el cólera. Recordaba a los buenos amigos que tuvo: Pedro Balmaceda, Alfredo Irarrázaval, Luis Orrego Luco, Manuel Rodríguez Mendoza, tantos más... Entusiasmado por los recuerdos y por algún vaso de wisky, a veces nos dictaba versos improvisados, en que se trataba de mil cosas chilenas y en que servía de rima el nombre de Santiago o llenaba un verso nuestro propio nombre. ¿Por qué no nos robamos esas bizarras improvisaciones que, entre mucha hoja loca, ostentaban más de una linda flor?

Sin embargo en Chile hay quienes creen que Darío no nos ve con buenos ojos, hay quienes piensan que su elogio, generoso para otros países de América, para el nuestro es escaso cuando no nulo. Error. Darío estima a Chile como a los demás pueblos hispano-americanos; ama a la América toda; distingue, naturalmente, al país generoso que, desde sus comienzos, le ha estimulado y sostenido fielmente. El ha publicado un libro sobre uno de nuestros escritores: "A. de Guilbert"; ha prologado alguna obra de varios otros compatriotas: de Alfredo Irarrázaval ("Renglones cortos"), de Alberto del Solar ("El mar en la leyenda y en el arte"), de nosotros mismos ("La Piedad Sentimental"). En sus libros de impresiones y crítica se ha ocupado con simpatía de algunos de nuestros pintores, como Correa, Valenzuela Llanos, Harris. Y en su último volúmen, "Todo al Vuelo", habla con extensión de un poeta chileno que "goza de nombre en el mundo intelectual hispano-parlante", y de Eduardo Poirier, autor de "Chile en 1908". Y hé aquí que, revolviendo viejos papeles, encontramos un artículo suyo de añeja fecha, en que, comentando el tomo dedicado a Chile de la "Antología de poetas americanos" por Menéndez Pelayo, defiende hidalgamente del crítico inquisistorial nuestra poesía, en un tiempo ¡ah! en que ésta estaba lejos aún de ser opulenta.

"No todo es arideces y cosas prácticas en ese vigoroso Chile, dice al final. Suele a veces cantar al claro de luna, sobre las balumbas positivistas, sobre los fárragos históricos, sobre las duras rocas del Código, sobre la fría estatua calva del insigne Andrés Bello, un ruiseñor".

¡Maestro! Cuando traspongas los Andes, verás con regocijo, sobre el páramo de nuestros estudios filológicos, sobre la mala hierba de nuestra literatura criolla, sobre el fantasma dogmático de la Universidad, sobre las estatuas de los Amunátegui, aún más frías que la de Bello, no un ruiseñor, una bandada de ruiseñores.

FRANCISCO CONTRERAS.

Rubén Darío en España

ANTE EL NIAGARA

ERA de noche. En Buffalo, a una hora de Niágara Falls, me parecía oír a lo lejos el ruído de las cascadas majestuosas, y no sintiéndome capaz de resistir la tentación, tomé el tren que me había de llevar a la frontera canadiense. Era ya la media noche cuando llegué a la ciudad de las fábricas sin humo. Los teatros ya estaban cerrados, las calles estaban desiertas, encapotada en su manto de nieve. En vez de irme al hotel, como si me sintiera arrastrado por una corriente impetuosa, incapaz de vencerla, me fuí a contemplar las cascadas que parecen llenar la ciudad con sus gritos eternos. No era necesario preguntarle a nadie dónde estaban las cascadas—no había encontrado tampoco a quién—pues, a medida que me acercaba, ellas se encargaban de decírmelo como si se enfurecieran más y más porque yo iba a turbar su soledad. En los jardines que rodean las cataratas, los árboles se elevaban como fantasmas de cristal, envueltos en su capa de hielo, mudos, extáticos, sobre la blanda alfombra de nieve. De repente, relámpagos gigantescos iluminaban el cielo y la tierra, haciendo brillar a los árboles como si fueran enormes madréporas de diamante. El Niágara vaciaba sus torrentes al abismo en medio de un estrépito que me sobrecogía, que me causaba espanto.

Me quedé por un rato meditando, sobre la nieve, bajo el cielo brumoso, iluminado de repente por llamaradas de fuego, en todas las historias lúgubres que registran los archivos de las cascadas. La que más me atormentaba era una que hacía poco había oído, y me parecía ver lo gestos supremos de las víctimas irredimibles. Primero, la madre que sin saber cómo cayó en el río caudaloso poco antes de precipitarse de las aguas en el negro abismo; su lucha desesperada con la corriente de avalancha; luego, el lanzarse del hijo, batiendo sus músculos de acero, ansiando salvarla antes de que se desbocara en la hondura brumosa; en seguida, sucediéndose los heroísmos como los segundos, el precipitarse del padre que entregaba su vida a la furia de las aguas tras la esperanza quimérica de salvar a la esposa y al hijo. Por último, la visión horrible, fantástica, de los tres desgraciados que se divisaron por un instante, de rodillas, con las manos juntas elevadas al cielo, en el momento que, sobre el borde de las rocas, la corriente los precipitaba al abismo perdido entre brumas.

Aquellos torrentes me parecían estar allí para convencer al hombre de su pequeñez, de su impotencia. Sólo recobré mi natural optimismo, sólo me volví a dar cuenta cabal de la grandiosa fuerza humana cuando, al día siguiente, miré hacia el otro lado, donde una buena parte del Niágara está encauzada en tubos de acero por donde baja obedeciendo al mandato de mover turbinas, de crear electricidad, que, dócil, silenciosa, tiene que ir por hilos tenues a mover tranvías, a iluminar hogares, a poner cien fábricas en actividad placentera. Entonces comprendí que el hombre era amo y señor de esas cascadas. Entonces evoqué a los hombres que, leyendo sus revistas al lado de las hileras de dinamos de cuarenta toneladas, manejaban a su antojo toda esa fuerza de cientos de miles de caballos por medio de manubrios y botones que una niña de cinco años puede levantar u oprimir con sus manitas de muñeca.

Traté de representarme lo que significan los quinientos mil caballos de fuerza que las cataratas son capaces de desarrollar y entregar al servicio del hombre. Toda una ciudad fabril de gran importancia ha nacido y se ha desarrollado al borde casi de las cascadas. Muchas de las fábricas a que el Niágara ha dado nacimiento son las más importantes del mundo en sus especialidades respectivas. La energía del Niágara mueve también líneas de tranvías, maneja grúas y ascensores en Buffalo, pone fábricas en movimiento, ilumina las calles, entra en los hogares donde mueve máquinas de coser, enciende cocinas, y hace en general el papel de sirviente en este país donde el criado desempeña el empleo como un primer escalón en su carrera de ascensos. ¿Que no hay que esperar todavía cuando no haya necesidad de alambres para transportar la electricidad a grandes distancias y ésta viaje por los aires mecida por las hondas hertzianas?

Había dormido la noche arrullado por el coro de las cataratas. Y desde el alba me estaba ya paseando por puentes y jardines tratando de contemplar el grandioso escenario desde todas partes. La vista más espléndida se obtiene atravesando el largo puente y entrando en el territorio del Canadá desde donde se ven a la vez los dos brazos colosales separados por la isla. Allí tomé mi desayuno y mientras la canadiense me traía mis tostadas, yo no podía menos de pensar en los Lajas de mi tierra. Nuestros torrentes están allí invitándonos a crear fábricas; con su bullicioso estrépito, que casi se alcanza a oír en las ciudades, nos dicen de día y de noche que están allí para servirnos si nos consideramos capaces de domar sus arrebatos. Nos falta a nosotros convencernos de que las caídas de nuestra cordillera representan parte de la población nacional que nos hemos incorporado a la vida de la República. ¿Para qué enviar por brazos a Italia si los tenemos en la falda de nuestra cordillera?

No abandonamos el prurito de lo extranjero y el desprecio sistemático por lo nacional. Son muchas, son muchísimas las ciudades chilenas donde una firma extranjera ha conseguido entrar con sus instalaciones de acetileno para el alumbrado público, siendo que las caídas de agua de la vecindad habrían podido aprovecharse con menos costo y con gastos de mantenimiento muy inferiores. Se le ha hecho, en cierta manera, la guerra a la hulla blanca que es nacional, y se le ha dado la bienvenida al calburo de calcio, que es extranjero.

Hay que reaccionar; Chile debe tener todos sus trenes movidos por la electricidad, todas sus fábricas, todos sus tranvías. No basta eso; en los hogares chilenos debe entrar la electricidad no sólo a iluminar la casa, sino a servir en la cocina, en el cuarto de baño, en todas partes donde haya una labor que confiarle. La electricidad debe ser nuestra sierva en todo el territorio. Se necesita sólo que las cascadas no estén ociosas, que las fábricas proveedoras de electricidad se multipliquen para que ésta sea más barata y pueda entrar callada, sumisa, como una sirviente con sandalias de felpa, a la casa del rico y a la casa del pobre.

TANCREDO PINOCHET

414, Wyoming Ave. Scranton Pa. E. U.

La Mulata Manuela

(Crónica de la colonia)

UNA vieja esclava de la casa de mi abuela, nos contaba el hecho que paso a referiros. Nos aseguraba que era *caso* y no cuento, pues que ella misma lo había presenciado. Allá por el año 1801 vivía en Santiago don José María de Orozco y Requesens, personaje riquísimo, y por ende, respetado e influyente señor.

La casa solariega de esa familia patricia ocupaba casi una manzana de la calle de Monjitas, próxima a la Plaza Real, hoy de Armas.

Ahí vivía don José María con su única e idolatrada hija doña Carmencita, cuya madre había muerto al darle el ser, y con su cuñada doña Clara Santisteban que viuda y anciana ya, cuidaba de la niña, prodigándole los cuidados de una madre cariñosa.

Un enjambre de sirvientes, de esclavos negros, de indios habitaba el interior de la casa, atendiendo, solícitos, al bienestar del *amito* que varios de ellos habían visto nacer; otros habían crecido con él y, más de uno, llevaba impresos en su rostro los rasgos fisionómicos de las familias de Orozco o de la de Requesens...

Para todos ellos, don José María era un semi Dios. Acataban sus órdenes con placer y las recibían inclinándose hasta el suelo en actitud humilde, aunque siempre eran dadas con arrogancia o implicaban crueldades.

Coronaba el portón de aquella casa de piedra, espléndida para la época, un triángulo de granito, sostenido por dos columnas acanaladas de lo mismo y en el medio dos escudos entrelazados por una corona de laurel. En el uno se lucían leones rampantes, gules, tres flores de lis; la puerta de un antiguo castillo con puente levadizo, de cuyas almenas pendían cabezas decapitadas con sendos turbantes. El otro escudo, mostraba también signos heráldicos que proclamaban la nobilísima estirpe de la raza que representaba; pero lo cruzaba de izquierda a derecha la raya de bastardía.

El dinero del bastardo, a la vez que dorando los blasones de los linajudos señores, les había impuesto la obligación de ir siempre unidos... Una tarde de primavera del año 1802, las campanas de los conventos de Santiago rompían los aires, tocando con lúgubre tañido *a agonía*.

Bastó esto para alarmar a los pacíficos habitantes de Santiago que, despavoridos, corrían a la portería del convento más cercano, a indagar qué personaje era aquel que, con tanto campanazo, se moría.

Un caballo que llegaba, se detenía en la puerta.

Era don José María de Orozco y Requesens que atacado repentinamente de extraño mal, agonizaba!

De espaldas en su *cuja* de caoba, ricamente adornada con mosaicos de maderas más claras (artístico trabajo que hoy hace las delicias de los anticuarios), yacía agonizando el poderoso señor.

Rodeaban el lecho algunos miembros de su familia, ocupando la habitación los amigos, parientes y varios religiosos; pintábase en todos los rostros el más profundo estupor y en sus ademanes inmensa inquietud. Por la puerta entreabierta se oían sollozos y el susurro de oraciones murmuradas apenas: ahí estaban sus servidores, pidiendo al cielo un milagro que salvara al amo!...

De rodillas, ocultando el rostro entre las sábanas del moribundo, lloraba en silencio Carmencita; su padre, de cuando en cuando, alargaba con dificultad su brazo entumecido, para acariciarla.

A veces don José María abría sus ojos espantados y decía: "¿No ha llegado Fernando?"

Doña Clara, que también estaba a su lado, intercalando los cuidados que con mano experta le prodigaba, con suspiros bulliciosos y oraciones, le respondía:

—Piensa más bien en tu alma, José María... ya no tienes tiempo que perder.... por qué no te confiesas?... Aquí está el padre Lecaros. ¿Quieres que se acerque?

—No, no... todavía no... quiero a Fernando... mi hijita, dónde está ella?

—Aquí, aquí, papasito!—sollozaba la niña.

Se diseñaba una sonrisa en los pálidos labios del enfermo que alargaba el brazo para cerciorarse de la verdad y volvía a caer en su somnolencia por momentos más profunda.

Era indescriptible la inquietud y zozobra de todos aquellos semblantes pálidos y cohibidos. El padre Lecaros rezando su rosario, esperaba con tranquilidad que lo llamaran a asistir a su amigo.

De repente se irguió con energía don José María... Todos trataron, llenos de esperanza de acercársele.

—Ya lo oigo... viene!—exclamó y su cabeza volvió a caer desfallecida sobre la almohada. Se oía claramente el ruído de la carrera de un caballo que llegaba, se detenía en la puerta y luego entraba al patio. Momentos después se vió dirigirse apresurado hacia el lecho a un hombre joven aún.

—Hombre!... José María!... Despierta!... ¿Qué quiere decir esto?—le llamaba con incontenible emoción y profunda sorpresa.

Abrió los ojos y le habló con lentitud:

—Oyeme, Fernando... acércate más... que nadie oiga... me muero y envenenado!... quiero salvar a Carmencita... cásate con ella!

Parecía que al esfuerzo que hacía le aumentaban las fuerzas.

—Te lo exijo Fernando, por nuestro amistad—murmurábale anhelante al oído—cásate... con ella... protéjela, si no la matan también!... Prométemelo... por mi salvación eterna!—dijo y se le concluyó su ficticia energía.

—Te lo prometo!—exclamó sollozando don Fernando, y cayendo de rodillas dijo:—piensa ahora en salvar tu alma, José María!

—Sí... sí... —contestó moviendo la cabeza.

No necesitó más el padre Lecaros para acercarse presuroso, haciendo ademán para que todos se retiraran, llevándose a la niña que, inmóvil seguía a los pies del lecho de su padre.

Después de un largo rato volvió a salir el padre pálido como la cera y pronunciando apenas, pues la emoción le embargaba la voz.

—No hay tiempo que perder—dijo—que traigan el Santísimo y la Extremaunción!... Sus últimas disposiciones están hechas ya! —añadió como respondiendo a las ansiosas miradas investigadoras que se fijaban en él.—Era un hombre justo, según las Santas Escrituras!

Llegaba una hermosa mulata trayendo en jícara de plata el chocolate para el padre y en una salvilla, del mismo metal, las tostadas de bizcochuelo.

Era muy hermosa y desenvuelta, de tez pálida y bronceada, ojos negros, cabellos ensortijados y dientes de marfil. Seguíanla, tomados de sus faldas de *quimón* muy almidonadas, dos niños pequeños, apuestos y vivarachos.

Al acercarse a ofrecer el chocolate a Fray Lecaros, díjole a media voz y con desenfado:

—¿No tendrá remedio el amo?

—Bien sabes tú, mulata, que no lo tiene—le respondió rehusando con terquedad el chocolate.—Dios, que todo lo ve, será nuestro juez. No lo olvides, mujer—añadió en voz tan baja, que sólo ella lo oyó, y se alejó como si la cercanía de esa esclava le fuera desagradable.

Salió doña Clara de la habitación del enfermo, anunciándoles con voz entera que rápidamente es acercaba el fin.

Todos se precipitaron a la habitación; luego poniéndose de rodillas se dispusieron a contestar a las últimas preces que la Iglesia ha dedicado a los que van a salir de este mundo. En coro rezaban las comunidades religiosas alzando la voz poco a poco, hasta concluír en bulliciosa gritería, a medida que se acentuaba más la inmovilidad del enfermo y que su respiración se espaciaba. Don Fernando, inclinado sobre él, parecía querer sorber su último suspiro y le hablaba al oído con ternura infinita. Al fin se alzó y haciendo un ademán con la mano para que no continuaran:

—Acabó!—dijo—que Dios lo reciba en su seno!!

... ...

maldijo con terribles e infernales ademanes. Toda la servidumbre, que asistía a presenciar el atroz castigo, se echó al suelo temiendo la cólera inflexible del terrible señor que, con sorpresa general, bajó la cabeza como avergonzado y se dirigió a la casa, distante del *patio de los castigos* e ignorado de doña Clara y sobre todo de Carmencita.

Todo esto y mucho más se comentaba *sotto voce* por la ciudad e iba tomando las proporciones más espeluznantes y calumniosas.

Mientras tanto la mulata, cada día más hermosa, pues había enflaquecido, sus ojos parecían aún más grandes velados por infinita tristeza y sin abandonar su actitud indiferente y altanera, se hubiera dicho que como si con su triste mirada quisiera implorar simpatía de los demás que, con horror y a veces con imprecaciones apenas pronunciadas, la evitaban. Sólo la llamaban entre ellos "La endemoniada".

Así las cosas, con estupor de todos, se presentó ante ellas el padre Lecaros y pidió hablar con Manuela. Lo condujeron hasta su habitación y, a la puerta, despidió el fraile a los que lo habían acompañado, sin entrar hasta que los perdió de vista. Penetró con sigilo, contemplando por un momento lo que vieron sus ojos: Manuela, cruzadas las rodillas en el suelo, a la usanza árabe, inclinado su busto hasta tocarlas con la cabeza, con el cabello desgreñado ocultándole el rostro, nada oía ni veía; de vez en cuando un gemido sordo sobresaltaba a los niños que, descuidados, jugaban con la tierra suelta del piso, y se alejaban de su madre.

—¡Manuela!—díjole por fin—¡Manuela!—siendo su voz triste y dulce.

Se estremeció ella y con la graciosa agilidad de su raza se alzó, poniéndose de un brinco sobre sus pies.

—¿Qué se le ofrece a su paternidad?—dijo después de un instante de asombro y asumiendo su aire de descuido y, con maternal instinto, atrayendo a sus hijos.

El fraile le explicó el motivo de su visita. Don José María le dejaba a él, en su testamento, a los dos hijos de Manuela para que los educara, cuidara de ellos y se encargara enteramente de su porvenir; les dejaba una hacienda a cada uno. A ella su libertad completa y una buena suma de dinero.

Ella lo escuchaba y apretaba contra su pecho a los niños, como fiera que defiende a su cría... estaba pálida, sus ojos parecían saltársele, brillantes con siniestro resplandor.

—No quiero dinero—díjole con orgullo.—Quite allá, Padre! Estos niños son míos! son míos!... y como míos los guardaré... los ahogara antes que separarlos de mí.

Su voz ronca se detenía en la garganta, pronunciando con dificultad, al mismo tiempo que apretaba entre sus brazos a aquellos inocentes, como queriendo extrangularlos.

—¡Manuela!—contestábale el fraile con energía—vengo a salvarte y a salvarlos a ellos, los pobrecitos inocentes.—E inclinándose le dijo al oído: Estás perdida... tu crimen es conocido ya... ¿Ignoras lo que te espera?... El Santo Oficio...

No lo dejó concluír la altiva mulata.

—¿Quiere Su Paternidad, de esa manera, sacarme la verdad? Sí, lo envenené!... me hizo azotar el infame que me juraba amor... que el infierno me trague... que todos los diablos me lleven, pues quiero verle y reírme de sus tormentos... escupirlo!... Ah! el infame a quien yo adoraba!—decía loca de rabia y desesperación.—¡Lo envenené! lo envenené!

—Mujer, mujer! por Jesucristo! ¿No oyes en tu diabólico desvarío, esos golpes? Son ellos que vienen a buscarte para quemarte a tí... a tus hijos. ¿Lo oyes?

—¿A buscarme?—repitió con atroz carcajada.—Decidles, Padre, que entren... Já! Já! Já!—Y sacando de su seno un objeto que llevó a sus labios:—Ya está—gritó—vengan! vengan! y profería atroces blasfemias.

—Desdichada mujer, qué has hecho?—decíale el buen fraile fuera de sí, llevando a los niños muertos de terror y espanto a la pieza vecina, encerrándolos ahí con llave.

Al mismo tiempo los sirvientes corrían despavoridos hacia la puerta, siéndoles imposible abrir; tuvo uno de ellos que salir por la puertecilla que enfrentaba al convento de la Merced, que era por donde traficaban, y por la que habría sido indecoroso hacer penetrar a los representantes del Santo Oficio.

La calle estaba llena de curiosos de ambos sexos, comentando *sotto voce* aquel extraño acontecimiento, uniéndose de puro miedo a los que contestaban las lúgubres preces de los oficiantes.

La casa había quedado desierta y mientras alguien corría a pedir la llave del portalón a la casa lejana donde habitaban doña Clara y Carmencita, ignorantes de todos esos acontecimientos, seguían en la puerta los cánticos y letanías.

En el interior, Manuela expiraba... Las exortaciones dulces y cristianas del representante de Jesús en la tierra habían, por fin, conmovido el corazón endurecido y apasionado de la infeliz esclava que, con lágrimas de arrepentimiento, confesó sus faltas y su crimen. El piadoso fraile lloraba con ella y en el nombre de Dios la perdonaba y derramaba el dulce bálsamo de la esperanza en esa alma tan atrozmente atormentada hasta hace tan poco rato.

Por fin cayó ella exánime sobre la tierra y entonces fué el fraile quien se arrodilló tomándole la cabeza a la infeliz y reposándola sobre sus rodillas.

Así acabó Manuela, la hermosa y arrogante Mulata.

Después de cubrirla con la pobre ropa de su lecho y de ponerle bajo la cabeza la almohada se apresuró el fraile a sacar a los niños de su encierro. En el momento que, teniéndolos de la mano, les hacía besar la frente, aún caliente, de su madre, se oyó un golpe seco y duro, al mismo tiempo que la voz del oficiante intimaba que se abriera: "En nombre del Santo Oficio..." Se irguió el fraile y con irónica sonrisa miró al cadáver moviendo, con tristeza, la cabeza.

—Entrad!—dijo—abriendo de par en par la puerta; al mismo tiempo que señalaba lo que quedaba de Manuela.

—El Dios Santo, el Dios bueno, cortó los días de la infeliz pecadora... Su misericordia le concedió el arrepentimiento de sus faltas y la perdonó.

La palabra, la virtud, la ciencia del noble Fray Lecaros eran tan respetadas como indiscutibles; inclinándose ante ella se retiraron impasibles, alzando el nefasto estandarte y entonando cánticos sagrados. Los seguían los curiosos mohinos y de mal humor por haber perdido un espectáculo que tantas emociones les prometía. Libre toda la servidumbre los acompañaba también.

El virtuoso fraile seguía velando solo aquellos pobres restos. Inclinada la cabeza rezaba devotamente; sus plegarias parecían implorar del cielo algo difícil de obtener; su inquietud era grande.

Le pareció oír un sollozo contenido y volviéndose vió algo confuso en un rincón; luego descubrió al negro calesero de don José María.

—Melchor! ¿Tú aquí?—preguntó con sorpresa.

Sollozaba el pobre negro desconsolado. "¡Mi hijita! exclamaba.

—¡Tu hija! ¿Manuela era tu hija?—le preguntó extrañado.

—Mi hijita... ay, ay, ay!—continuaba el negro con insistencia. —Me la dejó mi negra! Era de ella! Mi negra era señorita.—repetía Melchor con orgullo.

—Fíjate en lo que te digo, Melchor... fíjate... luego van a volver a buscar el cuerpo para quemarlo! ¿Oyes?—le decía en voz alta el fraile, como si el negro no le oyera.—Para quemarlo!

—¡Ah!—gritó el negro rugiendo como una fiera herida.—¡Ah!—Al mismo tiempo que abalanzándose sobre los restos helados los tomaba en sus brazos y, saliendo al patio, corría desaforado con ellos hasta llegar a un cuartucho lejano, húmedo y lleno de escombros.

Dejando sobre unas tablas su querida carga, se puso a separar los escombros y, por fin, consiguió poner a descubierto un hoyo profundo.

—Aquí—decía, hablándose a sí mismo.—Aquí—repetía, mientras el padre oraba y bendecía la tierra húmeda y mal oliente y él descendía con cordeles los tristes despojos encerrados entre cuatro tablas fuertemente atadas entre sí.

Con febril agitación volvió a colocar los escombros y tablas tal cual estaban antes. Luego mirando con infantil alegría a Fray Lecaros:

—Que la busquen ahora para quemarla... a mi hijita!... —y de nuevo lloraba desconsolado, arrojándose sobre los escombros que la ocultaban ya para siempre.

—¡Melchor! ¡Melchor! no perdamos tiempo! hay que salvar a los niños! levántate, negro!—díjole por fin con cierta autoridad que él, al momento, obedeció.—Mira, Melchor, si no la encuentran a ella se llevarán a los niños y... ¿quién nos dice que no los quemarán? Tú los vas a salvar, pero no llores más, pobre viejo; toma de la mano a tus nietecitos y... presto, presto, los llevarás, por la calle de las Claras, al convento; le dirás al padre Ulloa que los esconda hasta que yo llegue...

No concluía el fraile y ya Melchor, llevando a los niños de la mano, caminaba cautelosamente por la calle hasta llegar al convento.

Después de un momento salió también Fray Lecaros por el portón principal. Caminaba muy preocupado; hondo surco le cruzaba la frente y bajo su cabeza inclinada lucían sus pupilas escudriñadoras. Le parecía oír allá lejos, del lado de la Recoleta, gritos y vocinglería. Se estremeció de pies a cabeza, mientras apretaba, entre los dedos, las cuentas de su rosario con tal fuerza que, aún siendo de madera, se partían con la presión de sus dedos de asceta.

En efecto, se preparaba en la plaza de la Recoleta la hoguera que convertiría en cenizas el cuerpo de la infame asesina, para en seguida aventarla a los cuatro vientos...

Cuando principiaba a arder volvieron con el aparato acostumbrado a la casa de los Orozco, entraron por el portón abierto, la registraron toda, cuarto por cuarto, sin encontrar ni asomos de los restos malditos... ni siquiera a los hijos de la Diabla!...

Se volvieron abismados, asegurando que "El Maldito" se los había llevado en cuerpo y alma!

Por muchos años permaneció esa manzana deshabitada. Se decía que en las noches se oían gritos, había resplandores y un horrible olor a azufre; nadie se atrevía a pasar por la vereda después de las cinco de la tarde y el sereno mismo torcía la calle al acercarse.

... ...

PRIMAVERA

Menéndez y Pelayo

PRETENDER encerrar dentro de las limitaciones asaz estrechas de una crónica la figura de don Marcelino Menéndez y Pelayo, locura fuera tan grande como el intento de representaros la polifonía maravillosa de una tempestad en un simple acorde. El símil no es del todo exacto; pero hay en él una partícula de semejanza: Menéndez y Pelayo, si tranquilo y equilibrado fué intelectualmente, como un mar en calma, de la tempestad tuvo la soberana grandeza, la pujanza enorme.

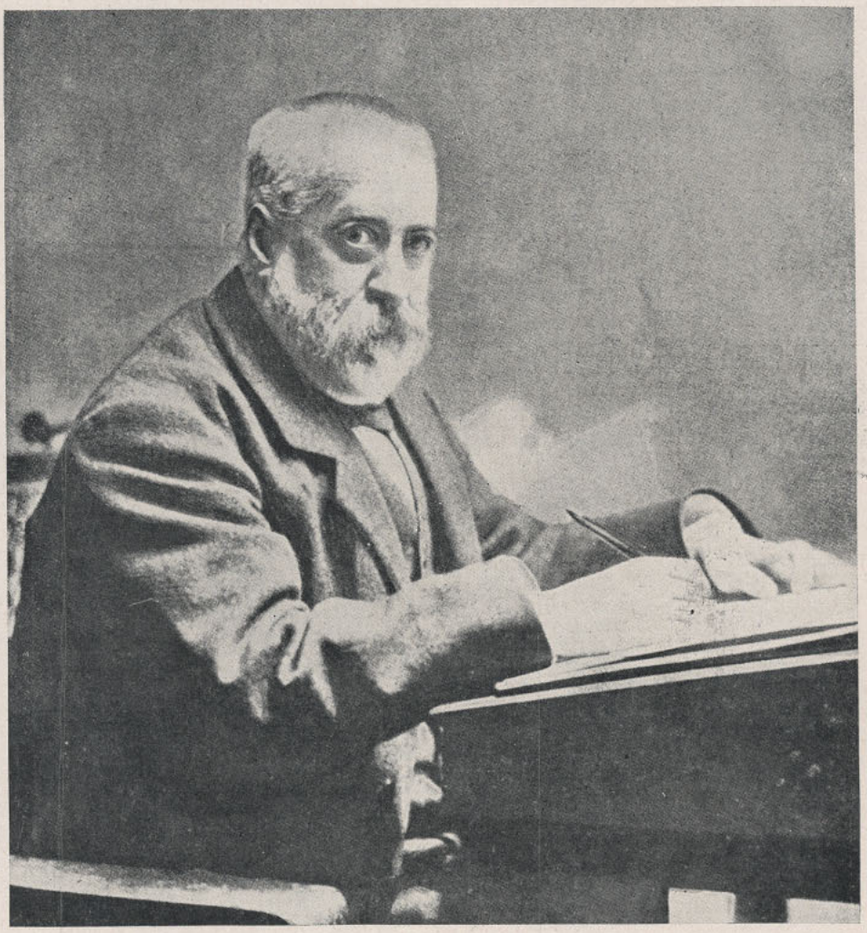
"Toda la América Latina llorará su muerte..."—dijo el maestro don Justo Sierra al arribar a costas españolas, y enterarse sorprendido del infausto suceso.

Tenía razón. Toda aquella parte del continente americano donde la tradición española se conserva, merced a tantos lazos indestructibles, lamenta ahora dolorida la muerte del polígrafo insigne que no tan sólo gloria de España fué, sí que también de la raza.

El golpe ha sido inesperado y tremendo. Apenas había llegado a nuestras manos el primer volumen de los "Heterodoxos", reimpreso ahora y cuidadosamente corregido por el maestro, cuando la triste nueva trueca en luto la leticia inefable, que provocaba en nuestro ánimo el hojear el libro.

Es como un inmenso bólido ígneo que por muchos años iluminó vívidamente en derredor, y que, de súbito, se hunde en la nada.

Murió en Santander, la montañesa ciudad donde se meciera su cuna. Resignado y tranquilo, sus últimas palabras, fueron: "Siento morirme, ahora que tenía tanto que hacer..."



El eminente polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo

✣ ✣

Yo recorro afanoso las páginas de la historia de la literatura española, y difícilmente encuentro nombre alguno que con este incomparable resista el parangón. Menéndez y Pelayo me parece casi un símbolo del genio laborioso. Fué un constructor, y fué, además, un grande. Brilló como una antorcha en la sombra. Espíritu en el que la hondura del sentimiento iba unida al acopio de ciencia en proporción verdaderamente pasmosa, fué como un nuevo Colón que descubriera mundos ideales de literaturas pretéritas. Poseyó, como ningún otro, el arte de investigador paciente que plasma, que modela, que da sangre, y nervios, y vida, a los cuerpos muertos. Fué un admirable erudito, sí; pero un erudito en el que concurrían los componentes todos que forman la entidad compleja del artista. Hizo libros; mas no libros que al fin y a la postre resultasen meros catálogos, resúmenes de fatigosas y luengas rebuscas, montones de argamasa y de piedras de viejos monumentos derruídos que aguardaban el espíritu diligente que aprovecharles quisiera para construír con ellas nuevas edificaciones. Por el contrario, su obra enorme y sólida, se alza airosa y llena de euritmia: es la obra del crítico artista: la del constructor, como he dicho, ardiente si los hubo; la del pensador profundo; la del hombre apasionado por su patria y por su raza.

¡Qué vida envidiable la de Menéndez y Pelayo! Pocas habrá, a fe mía, como ella, consagradas con devoción mayor, con más sereno altruísmo, al bien de la humanidad por el saber. Corrió plácida y uniforme entre los libros. Se fué extinguiendo lentamente en el estudio asiduo y fructuoso.

En 1881, escribía Leopoldo Alas:

"Los que llaman al griego "gringo", tienen a Menéndez Pelayo por un erudito más de la clase de los "mures"; creen que todo se vuelve citas y que tiene los ojos cegados por el polvo de las bibliotecas, y que no ve, por consiguiente, la clara luz de la belleza.

"Verdad es que mi amigo anda a veces entre ese polvo; pero, como decía el "Anticuario" de Walter Scott, el polvo es inofensivo mientras no se meten con él; es verdad, el polvo ciega sólo a los que levantan polvareda. Hay eruditos así, que no aprecian un códice vetusto si no está comido de la polilla y con una vara de moho sobre el lomo; Dios les perdone la manía, y les conserve con ella y todo, porque son útiles; Menéndez y Pelayo no es de esos. Con imaginación más fresca y vigorosa que la que necesitan muchos jóvenes del día para imitar malamente a Campoamor o a Bécquer,

Pelayo ve al través de los códices carcomidos, de los pedantes vivos y muertos, del polvo y de la herrumbre, ve levantarse las edades que fueron con vida real, con sus pasiones, sus ideas, sus propósitos, sus hazañas, su literatura y su nota dominante en el concierto de la historia"....

Y tal como le pintaba "Clarín" hace treinta y un años, así continuaba siendo en sus días postreros don Marcelino Menéndez y Pelayo. Había recorrido todas las bibliotecas importantes del mundo; por sus manos habían pasado miriadas de manuscritos; había hecho formidable acopio de conocimientos; era un filólogo, un historiador, un crítico; poseía casi todas las lenguas vivas de Europa y algunas muertas; había, finalmente, llevado a término una labor formidable, contenida en porción de volúmenes... ¡Y, sin embargo, trabajaba como un muchahcho de veinte años la víspera de morir, nos dicen sus familiares!

✣ ✣

Obra de patriotismo altísimo y bien entendido fué la del hombre ilustre que acaba de bajar al sepulcro. En la época en que su patria yacía en la decadencia; cuando de la antigua grandeza sólo restaba una tradición gloriosa y las energías de la raza parecían extintas, agotadas al través de las conquistas remotas y de las luchas civiles presentes; cuando España habíase aislado del resto de Europa, oponiendo la muralla del Pirineo a contacto con civilizaciones extrañas; cuando los mismos hijos dudaban ya de la épica madre agobiada, la voz de don Marcelino Menéndez y Pelayo se alzó, con sonoridades de clarín y rudezas de bronce, para revelar al mundo que España no había muerto; para enaltecer el espíritu y la sangre españoles, la sangre y el espíritu que habían dado vida a tantos pueblos, comunicándoles la vieja fisonomía castellana; para sacar a luz muchos olvidados prestigios que emularan en los hombres nuevos el afán de ir hacia adelante, de no estancarse, de subir más alto, de emprender la reconquista espiritual, ocupando, a fuerza de ciencia, de arte, de trabajo, el puesto que de siglos atrás los españoles abandonaran en manos de los extranjeros que siguieron el impulso de avance sin detenerse.

Pero ese hombre insigne no supo quizá que al empeñar su esfuerzo en una tarea de cíclope, por su patria y para su patria, se hizo acreedor a la gratitud de la humanidad. Merced a él se han ensanchado horizontes en otro tiempo estrechos; proyectó una luz rutilante sobre las tinieblas que obscurecían muertas centurias.

Y yo no sé qué admirar más: si la sabiduría, la perseverancia, la belleza evangélica de la obra de Menéndez y Pelayo, o la solidez, la majestad, la definitiva perfección de que está revestida.

Una existencia de consagración a las más severas disciplinas del estudio representa ese monumento literario que nos lega, pasmoso por la erudición, por el sentido crítico, por la infinita variedad. Lo forman la "Historia de los heterodoxos españoles", la "Historia de las ideas estéticas en España",—única en su género por su magnitud,—"La ciencia española", los volúmenes de ensayos de crítica literaria y filosófica, "Los orígenes de la novela", los estudios sobre Horacio y Calderón, las antologías, y la multitud de ediciones críticas de los precursores y de los clásicos que debemos a Menéndez y Pelayo.

La muerte le ha sorprendido con la pluma en la mano, cuando su inteligencia, su sabiduría, su entusiasmo, su pasión, estaban aún dispuestos a servir la causa de nuestra raza...

Descanse en paz el grande, el magnífico luchador.

CARLOS GONZALEZ PEÑA

Despacho del señor Menéndez y Pelayo en la Biblioteca Nacional

MONICA

Por Mlle Eleonora Sonrel

CONVERSANDO SOBRE ARTE

ALMA TADEMA Y LA ESCUELA ARTISTICA INGLESA

EN todos los países y en todas las épocas, han ocurrido casos curiosos de "desnacionalización", si así puede decirse, de grandes hombres, casos también de cambio recíproco de afinidades entre una persona y un país: en una palabra, ciertos hombres, y particularmente artistas, han elegido como nuevas patrias, a países que no eran los en que habían nacido, ni ellos ni sus progenitores y al mismo tiempo estos países, a veces les han adoptado a ellos, en forma tal, que han llegado a considerarles como los genuinos representantes de la idiosincracia de la raza y de un aspecto del alma nacional. Podrían citarse muchos ejemplos de este fenómeno, más o menos fuertes, más o menos decisivos, pero creo que ningunos pueden ser tan completos como dos casos que ocurrieron en Inglaterra, primero con el músico Haendel y últimamente con el gran pintor que acaba de morir, Alma Tadema. Se sabe que Haendel que era alemán de nacimiento, de origen y de educación, se fué a vivir a Inglaterra, cuando tenía ya cierta edad y que él fué adoptado tan completamente por su nueva patria, que alcanzó a ser considerado como el único músico inglés, por excelencia, estaré por decir, como el único músico inglés, digno de este título: su música vino a encarnar un aspecto del alma inglesa que no habrá podido darse a conocer en esa forma, ya que por escaso desarrollo del instinto musical, en los nativos de las islas británicas, no había existido todavía un verdadero músico nacional. Haendel se impregnó del carácter, de la atmósfera, de las ideas inglesas, y para traducirlas aplicó las facultades musicales que debía a sus orígenes alemanes, y que llegaron así por formar el tipo de la música inglesa.

† LORENZO ALMA-TADEMA

Un siglo más tarde, vino a repetirse un caso casi análogo, pero esta vez con un pintor, que como Haendel, con su música, llegó a representar un cierto momento de la evolución intelectual y artística y a simbolizar el arte inglés de una época: este pintor era Alma Tadema, nacido en Holanda y que no vino a vivir a Inglaterra sino cuando su carrera artística había sido ya brillantemente iniciada en su país natal y en Bélgica.

Para comprender bien la acción y la influencia de Alma Tadema en la evolución artística de su país de adopción, es indispensable echar una ojeada sobre uno de los aspectos de la evolución artística en general y particularmente en Inglaterra. Después de los maravillosos retratistas ingleses del fin de siglo XVIII y principios del XIX que, además de la exquisita gracia y de la vida intensa que dieran a sus obras, se distinguían por una extraordinaria soltura en la ejecución, aún con sacrificio, algunas veces, de la corrección del dibujo, después de estos grandes artistas, decía, la escuela inglesa, siguiendo este estado de gran soltura y efecto y anticipándose a las escuelas francesas de 1830 (los románticos) y 1840 (los paisajistas de Fontainebleau, había producido a Constable, el verdadero iniciador el paisaje moderno y a Bonnington, un niño genial, muerto a los 22 o 23 años, después de asombrar y deslumbrar a los artistas; algún tiempo después, debía aparecer Turner, con el cual, el derroche del color y de la luz, y la fantasmagoría del efecto llegarían a sus útimos límites; pero estos artistas geniales habían sido como relámpagos o auroras boreales en el cielo del arte inglés y la escuela inglesa llegó a caer en el más deplorable amaneramiento del sentimentalismo tonto, y de modelos de cromos, sin estilo, sin carácter, sin ideal artístico alguno. Una reacción era inevitable, se imponía, y se produjo efectivamente de una manera formidable con el prerafaelismo, es decir, con la profesión de fe de un grupo de artistas que hacían principiar con Rafael la decadencia del arte y que pretendían que el arte puro e idealmente espiritual debía prescindir de todas las fórmulas iniciadas por los maestros del Renacimiento, destinadas a buscar el aspecto real de las cosas y a procurar sensaciones decorativas y agradables a la vista por el prestigio del colorido y de la luz y por la sabrosidad y soltura de la ejecución. En una palabra, su ideal era volver al arte tal como era antes de Rafael, para seguir perfeccionándolo, en el mismo estilo de pureza de las líneas, de sencillez del colorido y de abstracción de las ideas. Esta escuela imperó durante muchos años en Inglaterra, teniendo como jefes a Dante Gabriel Rossetti, italiano britanizado y al gran pintor Millais y llegando hasta la generación actual con Buren-Jones, fallecido hace pocos años; correspondía a cierto aspecto del genio inglés, y convenía al espíritu metodista y bíblico, pero al mismo tiempo era muy severa y rígida para poder ser admitida y comprendida por el gran público; sin embargo, de todos modos, había conseguido producir un movimiento general de reacción contra los derroches de las escuelas anteriores, en favor de una vuelta a la corrección del dibujo y a una ejecución mucho más cuidadosa y acabada y contra el subsiguiente amaneramiento y mal gusto, al cual aludí antes, en favor del estilo y de la dignidad del arte.

Hacia la misma época apareció en el arte un elemento nuevo, casi desconocido o descuidado antes: la arqueología y la preocupación del color local. Anteriormente, la arqueología que apenas existía todavía como ciencia, estaba completamente ausente en las obras

CUADROS DE LOREN

UNA AUDIENCIA EN CASA DE AGRIPA

EL C

AMOR EN DESCANSO

ZO ALMA TADEMA

SEO

UNA COSTUMBRE FAVORITA

RIVAL INCONSCIENTE

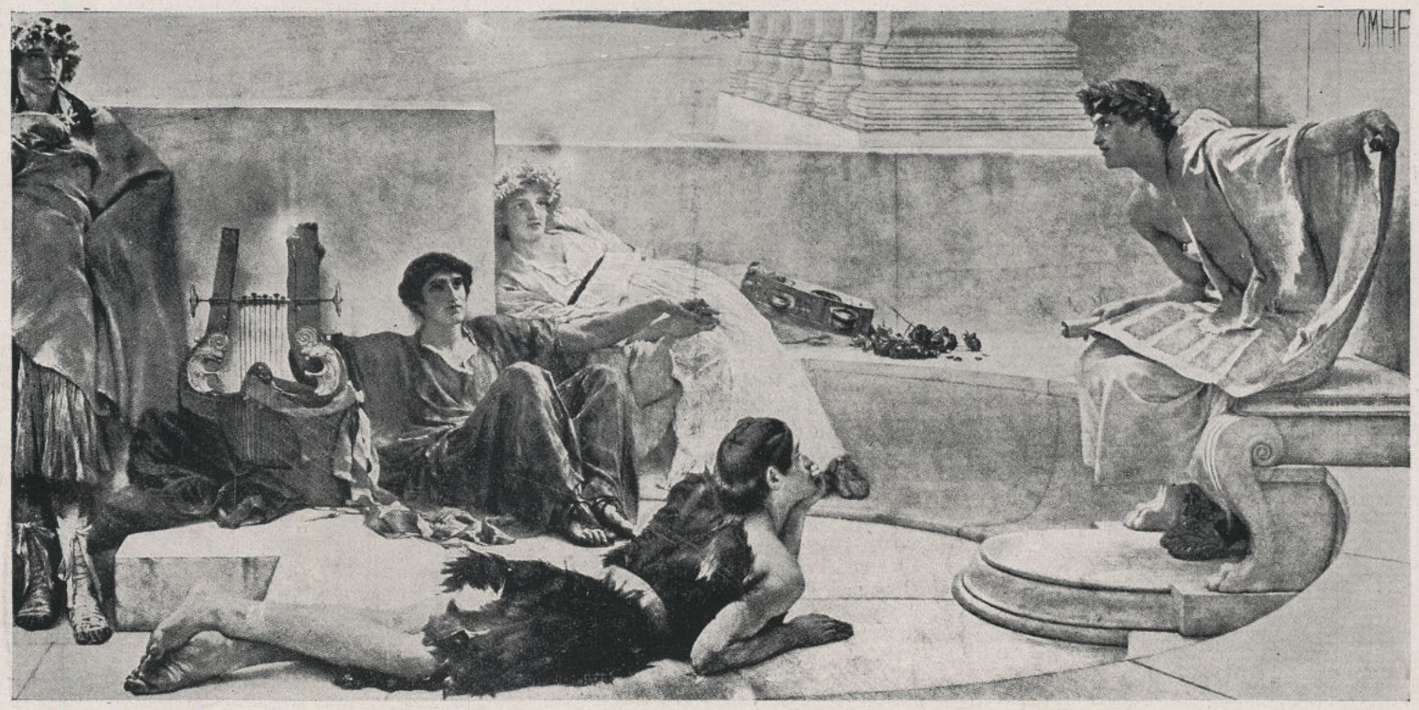
de pintura, y el color local era también ignorado: en todos los cuadros religiosos o de historia antigua pintados hasta los principios del siglo XIX, la indumentaria de los personajes era completamente fantástica y convencional, así como los paisajes de las escenas bíblicas o históricas: Veronese no vacilaba en vestir a los convidados de las Bodas de Caná, como los ricos señores venecianos y veneciano era también el palacio en que colocaba sus personajes, y en que Cristo operaba el milagro del cambio del agua en vino; Poussin en sus admirables paisajes con escenas bíblicas, de todo se preocupaba menos del aspecto geográficamente verdadero de los países en que se desarrollara la historia sagrada. El siglo XIX debía ver nacer el interés para los detalles de la vida material de los antiguos, interés que despertaron los descubrimientos hechos en Egipto y después en Grecia y en Italia, y que debía llevar a su apogeo la maravillosa resurrección de Pompeya y Herculano. Mientras, por una parte, las excavaciones practicadas en Italia y en Grecia seguían haciendo aparecer a la luz del día admirables ejemplares del arte griego que contribuían, indudablemente, a educar y a depurar el gusto de los artistas; por otra, se encontraban milagrosamente conservados todos los utensilios, intrumentos, adornos de la época grecoromana de Pompeya, y también algunas pinturas que fijaban de la manera más exacta los detalles de la indumentaria, de los peinados, de toda la existencia íntima de esa época. Los arqueólogos y todos los sabios generalmente se entusiasmaban con estos descubrimientos; los artistas por su parte, no podían quedar indiferentes a ellos, no solamente por las maravillas artísticas que aparecían, sino también por esta revelación tan inesperada de una época desaparecida, que había sido tan brillante al punto de vista de arte y del refinamiento de las costumbres. Por lo demás, ya había empezado a nacer el gusto para las reconstituciones artísticas: desde David y Talma, no solamente en la pintura, sino también en el teatro, la caracterización de los personajes antiguos en su aspecto físico empezaba a preocupar seriamente a los artistas; con el romanticismo, esta preocupación de buscar la exactitud de la indumentaria y del ambiente se extendió al orientalismo y también a la Edad Media: ya los pintores no inventaban vestidos o armaduras fantásticas, sino que buscaban documentos exactos, procuraban "reconstituir" escenas exactas en todos sus detalles: después, la pintura histórica iba a extender una preocupación de la exactitud a todas las otras épocas, hasta que un pintor de genio, Meissonnier, empleara sus extraordinarias facultades en resucitar ciertas épocas, particularmente la de Luis XIII, no ya para ilustrar escenas históricas, sino sencillamente, para caracterizar tipos.

LOS FAVORITOS ALMA-TADEMA

Se comprende que, en semejantes circunstancias, esta reaparición casi milagrosa de una época hasta entonces conocida únicamente por los escritos y ciertas tradiciones y que venía a presentarse con detalles más exactos, más completos y más numerosos que los que tenemos de los siglos siguientes y hasta de los más cercanos a nosotros, esta reaparición, decía, abría un nuevo campo riquísimo a os artistas que su genio o sus facultades especiales llevaban hasta esta clase de arte y de estudios. Uno de los primeros que produjera obras interesantísimas en esta nueva escuela, fué el maestro francés Gêrome, que después de conquistar de golpe la gloria con su cuadro La Pelea de Gallos, que es una exquisita reconstitución antigua, no solamente por la exactitud de los detalles, sino por la pureza del estilo y la distinción del maravilloso dibujo, siguió con toda una serie de cuadros de un estilo menos puro y menos elevado, pero de una extraordinaria exactitud arqueológica, unida a las dotes especiales del pintor para el dibujo y la composición: Frine, la muerte de César, el "Pollice versus" y varias otras escenas de Gladiatores, representan la última palabra de lo que se puede hacer en materia de reconstituciones, pero resultan algo secas y más propias de la ilustración que de la pintura al óleo, porque el pintor, al revés de lo que había hecho en su primer cuadro de la "Pelea de Gallos" parecía interesarse más por el detalle minucioso y curioso que por el estilo general y por la "atmósfera" y el "ambiente" de la época.

Pero no sólo en Francia se producía este movimiento de interés para la arqueología y la caracterización, con documentos exactos, de las épocas pasadas, gracias al cual, en todas las manifestaciones artísticas, se introducía este elemento nuevo y puede decirse, científico: en todas las otras escuelas del arte europeo, se manifestaron, en ese tiempo las mismas tendencias, más ó menos desarrolladas, según el temperamento de cada país y según la "erudición" de los artistas: los paises del Norte, Alemania, Holanda, Bélgica, debían por su carácter propio y su idiosincracia sentirse atraídos hasta esta nueva fórmula artística: ella tuvo en Alemania varios representantes y en Bélgica también, particularmente el pintor Leys que en una serie de cuadros, en que se nota el atavismo de la raza y un sentimiento extensamente arcaico, pintó y "reconstituyó" escenas de la historia de su país, con una alma de artista visionario y una erudición de sabio; pero se concretó a la época histórica, colocada entre la Edad Media y los tiempos modernos.

Laurens Alma Tadema, nacido en una ciudad de Holanda en el año 1836, fué discípulo del gran pintor belga y en su escuela aprendió a buscar el estilo y la caracterización de las épocas pasadas: después de haber producido algunas obras netamente inspiradas en las de su maestro Leys, hizo un viaje a Italia y a Egipto, y seguramente se apasionó por todos los descubrimientos arqueológicos que en esa época se encontraban en su apogeo; pintó en el año 64, su cuadro Los Egipcios de la Dinastía XVIII y el 68, La Siesta, reconstitución de una escena romana: ya el pintor había encontrado su camino y debía seguir con toda la serie de sus cuadros griegos y romanos, que, además de ser obras de arte primorosas, eran admirables estudios históricos y arqueológicos. En el año 1869, Alma Tadema se estableció en Inglaterra y se adoptó tan rápidamente y completamente a la vida y a las costumbres de su nuevo país, que



UNA LECTURA DE HOMERO ALMA-TADEMA

apenas cuatro años después, en 1873, se hacía naturalizar inglés.

Los descubrimientos arqueológicos, habían sido acogidos en Inglaterra, con un entusiasmo mayor que en cualquiera otra parte del mundo. En la literatura se manifestó este entusiasmo por la aparición de varios libros, uno de los cuales figura entre las obras más populares del siglo pasado: "Los últimos días de Pompeya", de sir Ed. Bulver Lytton; otro libro de White Melville, si mal no recuerdo, titulado los "Gladiatores", se asemeja mucho al famoso "Quo Vadis", siendo, por lo demás, anterior a éste, y superior también a mis ojos, por un colorido mucho más enérgico y arcaico: contiene un episodio del sitio de Jerusalén, inspirado por el historiador Josefo. En esa época, como lo dije anteriormente, el grupo de los prerafaelitas había provocado en Inglaterra una gran reacción contra la escuela de los coloristas y luministas y, sobre todo, contra el deplorable amaneramiento, con el cual, dibujo, estilo, ejecución, colorido, todo quedaba sacrificado al sentimentalismo el más cursi y el más vulgar. Pero, como lo decía, a intransigencia de los prerafaelistas, su estilo demasiado rebuscado, demasiado severo y abstracto, hacía difícil que fuera fácilmente comprendido y adoptado por el gran público: sin embargo luchaban y se imponían, si no por el agrado de sus obras, por lo menos por la nobleza de sus ideales y la convicción con que los defendían: fué entonces cuando llegó a Inglaterra Alma Tadema. Como acabo de decirlo, entonces todo el mundo intelectual, en Inglaterra se interesaba por los descubrimientos arqueológicos, por Herculano y Pompeya, por los Egipcios, por todos los que tenían un carácter arcaico y antiguo. Se presentaba un pintor, con obras igualmente distintas de la abstracción y de la rigidez repelente de los prerafaelistas como del amaneramiento del pésimo gusto de los pintores que cultivaban en género sentimental; un pintor que, con la misma erudición de Bulver Lytton y sus discípulos, venía a reconstituir con la pintura esta vida pompeyana y romana cuyas descripciones literarias habían entusiasmado a toda una generación. ¿Cómo no comprender, en estas condiciones, el entusiasmo de los ingleses y la unanimidad con que reconocieron en Alma Tadema, *su* pintor, el pintor de sus ideales y de sus aspiraciones, como antaño sus antepasados habían reconocido en el alemán Haendel *su* músico?

Efectivamente, desde esa época, Alma Tadema quedó tan incorporado a la Inglaterra, al espíritu inglés, a la evolución artística inglesa, que muchas personas, en el mundo, ignoraran que fuera él holandés de nacimiento. Su pintura tenía todas las condiciones que pueden gustar al público y satisfacer a los artistas: el dibujo es correcto y elegante y el estilo mucho más distinguido y característico que el de Gérome, su émulo francés, en las escenas greco-romanas; la ejecución es prodigiosamente acabada y cuidada, hasta el punto de que ciertos detalles de naturalezas muertas, pavimentos de mármol o de porfido, columnas, trípodes de bronce y de oro son verdaderos "trompe l'œil, o que constituiría más bien un defecto, si, como lo dije antes, esta exageración en el detalle y esta minuciosidad en la ejecución no fuera acompañada de una innegable preocupación de estilo general. En todas las obras de Alma Tadema, se nota muy claramente que el artista no se contentaba, como Gérome, con la precisión y la erudición en los detalles, y con el dibujo sabiamente académico, si no se vé que él procuraba impregnarse del espíritu de la época y "vivir" con sus modelos, parece que no solamente el aspecto físico de los romanos o pompeyanos, quisiera reproducir él, sino penetrar en sus almas paganas y artistas, y revelar algo de lo que ha descubierto en ellas.

Por eso sus obras vivirán y perdurarán, a pesar de los vaivenes y veleidades de la moda y porque también, además de sus cualidades de estilo y de composición, muchas de esas telas tienen la apariencia distinguida y agradable a la vista de verdaderos trozos de esmalte o de materias preciosas: las reproducciones que ofrece "Selecta" no pueden dar idea de este aspecto especialísimo del arte de Alma Tadema; pero sí, de su estilo, de su exquisita distinción y de la proligidad de su ejecución.

RICHON-BRUNET

LA PRIMERA NUBE — LUCIEN TANQUEREY

Mientras la lluvia cae...

ACODADO perezosamente en mi balcón, contemplo la lluvia con indecible regocijo. No sé por qué el espectáculo entraña para mi alma y mis pupilas un encanto inusitado. Se dilata en mí el bienestar de una sensación indefinible y corre por mis nervios en intensos cosquilleos una plácida alegría.

El panorama inunda mi retina con la suave tonalidad de su ambiente gris y llega a mi espíritu con amables solicitaciones, invitándolo a sumergirse en el placer de una alta y exquisita situación emocional.

Cae una lluvia recia y persistente. La tierra recalentada y reseca tras el ardor lujurioso y tenaz del verano, que requebrajó los campos con los filos acerados y agudos de sus rojas ignicciones, recibe con delicia espasmódica la fría humedad del chapuzón cansado y musical.

El Invierno. Hay en la Naturaleza un aspecto de misérrima desolación. La abierta prodigalidad estival trajo la resultante del extremado pauperismo que sólo guarda desnudeces y silencios por donde quiera que se tienda la mirada. Y hay en todo un reposo absoluto y solemne.

La tierra en calma se entrega sin reserva a los transportes de su impresión gozosa y parece que flotara por encima de sus andrajos y sus grietas la expresión de una sonrisa. Penetra el agua con difícil lentitud en la apretada corteza del terreno y emerje como un glorioso calofrío de vida y alegría. Se dijera que cada célula palpita al contacto del agua invasora que canta y que ríe. Hay como un despertar y un desperezamiento. Desaparece la honda somnolencia que quedó de la siesta veraniega y pasa por el escueto raquitismo a que el Otoño redujera los jardines y las arboledas como una vibración nerviosa y trémula que anunciara robusteces resurgimientos.

Adivino una germinación oculta y poderosa. Algo dice que la naturaleza recoge sus fuerzas y sus vitalidades tras apariencias de pobrezas y desmayos.

Mientras la lluvia cae me parece que la tierra y la flora se reaniman interiormente y que sus fibras sedientas y afiebradas absorven con deleite la cristalina gota que se escurre hasta ellas. Me figuro fauces anhelantes de frescores; organismos agotados y exhaustos que adquieren con la humedad que sus tejidos filtran y asimilan como una garantía de resurrección.

Y de todo el conjunto, de la tierra y las plantas, sube contorsionado y triunfador, un vaho intenso y singular en que se mezclan los alientos de mil emanaciones imprecisas y sutiles. En una onda refrescante y envolvente, llega hasta mí y me baña en su mantón sedoso e intangible. Es una racha cargada de oxígeno y de ese olor delicado y agreste que despide la tierra mojada. ¿Habéis aspirado alguna vez este perfume indefinible y único? El sopla sobre las frentes pensativas y ceñudas despejándolas de sus penas y de sus preocupaciones y llega a los pulmones y haciéndoles el obsequio saludable de su esencia ozonada y benéfica; enriquece con largueza de sultán las indigencias de la anemia. Aroma salvaje y fecundo, con cuánto placer lo he recibido siempre! Cuando pasa por mí la sensación de su caricia fugitiva, me considero más fuerte y contento, porque ella trae el alivio blanco y redentor que con imperio exigen mis arterias y mi espíritu.

Y mientras la lluvia cae y borbota en las canales de latón y tamborilea sordamente en los tejados y los charcos, cobra en mí relieves de convicción inamovible la creencia de que todo se cubre con la máscara de un engañoso aspecto de tristeza y que bajo

LA MUERTE DE ISOLDE — GASTON BUSSIERE

ella, una dulce y serena alegría retoza en el paisaje macilento y clorótico que destaca a mis ojos la labor subterránea y paciente de este obrero iracundo y tenaz, de este señor Invierno, tan respetable y tan temido, que nunca deja de asistir a la cita que la tierra le concede una vez todos los años.

Después del derroche incontenible de savias y colores, la naturaleza ha entrado en un período de sobrias vigilias y severas abstinencias, en el cual rechaza abiertamente los faustos y las exterioridades. Inteligentemente, busca en la economía y la templanza la restauración de su riqueza y juventud. Acumula materiales con tesón infinito y en el sosiego a que se entrega cada cosa, hay una actividad afanosa y porfiada que escapa a toda observación superficial. Se elaboran sigilosamente las galas con que habrá de irrumpir la Primavera y en esa incubación oculta y enigmática, el Invierno, interviene con agentes eficaces de renovación y de salud. El alberga en su seno los alientos poderosos de incógnitas fuerzas y los pone al servicio del resurgimiento general. Nada escapa a su influencia bienhechora y todo es trabajo y movimiento bajo las secas ramazones de los árboles, bajo todo lo viviente que aparece triste y decaído, porque todo guarda una esencia misteriosa, una energía potencial susceptible de transformarse en vida y en vigor. ¿La guardará también el individuo que desciende a su sepulcro?

El Invierno es el obrero infatigable del encantado boato primaveral. A prepararlo tiende su esfuerzo permanente y su labor continuada en lo recóndito de cada ser orgánico. Y nada desecha para su secreta e inadvertida obra. Los despojos de una flora los aprovecha para la existencia de la que viene en seguida. Por eso arranca las hojas amarillentas de los árboles y como leves laminillas de oxidado oro viejo, las esparce sobre la calvicie de las raquíticas estepas donde irán a ser un **humus** fecundante que hará brotar vegetaciones y jardines.

Y llueve fuertemente y mientras la lluvia cae, pienso que en ninguno de los aspectos del Invierno debe considerarse alguna estéril negación. En cada árbol aterido y desnudo debe presentarse una vida oculta: bajo la corteza ennegrecida se acumulan reservas poderosas que asomarán en verdes pompas cuando la calidez solar las fecundice con su beso.

Cada bosque sin hojas, cada prado desnudo hablan a mi alma en un lenguaje de esperanzas. No se presentan para mí como visión doliente y espantable de minas esqueléticas y páramos desiertos, sino como la de un letargo conveniente y transitorio en que todo se consagra a reponer lo que a su nervio arrebataron los excesos estivales. Y en pos de esta etapa, reparado el desgaste, vendrá el universal y palpitante despertar orgánico en honda y gigantesca ebullición de vida y de placer; la renovación triunfal y esplendorosa en todo su despliegue de sonrisas y de cromos.

Mientras la lluvia cae pienso que el Invierno hace apetecer las dulzuras del hogar. El me hace calcular en este instante cuánto vale ese rincón sereno e íntimo, donde el calor conforta y reanima; donde nos sumergemos en el delirio de nuestros sueños imposibles.

¿Quién puede decir que el Invierno no ha influído en la organización de la familia, allá en los viejos tiempos en que la Humanidad era una horda belicosa e inconsciente? El hizo necesaria la guarida, la cabaña, la casa y cuando ésta alzó el refugio de sus muros protectores, despertó fuertemente el instinto latente e innato que hace buscar afinidades y fundar familias.

El Invierno tonifica esa humana aspiración que empuja a disfrutar de la recogida intimidad de un ambiente, donde el corazón pueda vivir sin restricciones la plenitud de sus afectos y de sus arranques. Lo que las exigencias del salón o del paseo, lo que las limitaciones sociales represan en nosotros, entra a vivir con amplitud en el hogar y, por esto mismo, circunscribe él para todos un poco de regocijo y un punto que se ansía entre el vaivén eterno e incesante de la vida y de las cosas.

Y mientras llueve me siento satisfecho y alegre y pienso que acogerse de lleno a las ternuras del hogar es someter el yo a corrientes de influencias éticas capaces de exaltar hasta un grado superior de intensidad, todos aquellos sentimientos que hacen buenos a los hombres. Pienso que en el hogar se orienta el alma hacia ideales de grandeza moral y que el Invierno, ofreciéndolo como un nido de flores, contribuye a reforzar las inclinaciones que llevan a vivir en la altura de lo honesto y de lo noble.

Mientras la lluvia cae comprendo que debemos amar al Invierno y que debemos mirar en sus borrascas y en su sacudidas, en todo el revuelto y destemplado caos de sus rigores inclementes, sólo un factor que contribuye a la armonía y al bien.

El Invierno concurre a formar ese concierto admirable de la vida, en cuya inmensa solidaridad, no hay una sola nota, un sólo componente que no sea indispensable. El actúa en un sentido positivamente benéfico entre todos los factores que determinan la eternidad de la existencia y es una fuerza que no puede faltar en la concurrencia de poderes que obran en un acuerdo sabio y permanente en pro del Universo.

Y además, sin el Invierno, hallaríamos profundamente apetecibles la carcajada luminosa de la Primavera y la lujuria enorme del Verano?

La lluvia se hace cada vez más copiosa y me halaga la idea de que tras los brochazos de acuarela que por todas partes veo, hay un jirón primaveral.

Llueve y llueve y los hombres se guarecen en sus casas y aquella dama guapa y coquetona de la Primavera se recoge con estrictez monjil en un encierro inaccesible.

¿Por qué la Primavera nos juega la mala partida de esconderse bajo una fea careta de viejo?

¿Se enclaustra para confeccionarse un traje más hermoso y alcanzar una belleza más sublime y un triunfo más espléndido que el que obtuvo la última vez que desplegó sus galas y primores?

Quién sabe. De todos modos sepamos que mientras la lluvia cae, hay una reina que trabaja con empeño, modestamente oculta. Imitémosla también y trabajemos sin descanso.

GUILLERMO MUÑOZ MEDINA.

OBSEQUIO DE LA Sra. LAURA MOUNIER DE SARIDAKIS

NO hace mucho, el Consejo Superior de Letras y Música convocó a concurso para el diseño del diploma que debía darse a los premiados en los certámenes musical y literario de este año.

El poco tiempo concedido para presentar los proyectos, y cierta visible falta de entusiasmo en los artistas por los trabajos de lápiz, contribuyeron, sin duda, a que los proyectos presentados fueran de mérito discutible. A vista de ellos, el Consejo acordó declarar desierto el concurso de diseños, no invitar a otro y completar con una medalla conmemorativa, en vez de diploma, la recompensa en dinero otorgada a los autores agraciados, para la impresión de sus obras musicales o literarias.

La resolución del Consejo fué aplaudida por los interesados, pues, la medalla sirve más que el diploma; puede circular; y es algo así como la moneda de la gloria. Además, el brillo aúreo y argénteo de sus haces—primero y segundo premio—es más seductor que el rectángulo blanco del diploma que no tiene más oro que la purpurina de sus letras, orlas y atributos simbólicos.

Se acordó, pues, dar a los premiados una medalla. Y como ella no tendría inscripción alguna que personalizara el premio ni que indicara el nombre del agraciado, se rogó al más artista de los calígrafos chilenos, al señor Ramón Laval, que escribiera en hojas de pergamino el título de propiedad con que cada medalla se entregará a los autores premiados.

El señor Laval aceptó el ruego y se puso a la obra. La gallardía de sus rasgos caligráficos, que es considerada entre los entendidos, como insuperable, se lucirá, de seguro, esta vez como las anteriores. Hoy que la escritura se va impersonalizando por el uso de las máquinas de escribir, será un gusto de anticuario admirar la obra de este artífice

La señora Mounier retocando un busto

que trenza y destrenza los más elegantes caracteres modernos como si fueran arabescos bizantinos o mayúsculas de viejos códices en vitela, coloreadas de negro y de minio.

Pero, las tribulaciones de los que idearon la medalla, no terminaron con esto. Apenas conseguida la colaboración del señor Laval, se presentó el inconveniente de saber quién podría grabar la medalla, quién amoldarla, quién sellarla.

En esos días, la Dirección de "El Mercurio" había obsequiado a don Gonzalo Bulnes una magnífica medalla de oro, en agradecimiento por la autorización que este ilustre historiador concedió a ese diario para publicar en sus co-

Medalla obsequiada al Consejo Superior de Letras y Música

Niña chilena

lumnas, antes de ser entregada en volumen al público, "La Guerra del Pacífico". Esa medalla, muy buena artísticamente, no había sido hecha en Chile sino en Buenos Aires. El Consejo Superior de Letras, que está empeñado en estimular la producción artística y literaria del país, no podía recurrir a los talleres de afuera para grabar y acuñar la medalla que necesitaba. Alguien recordó entonces, en el Consejo, que la señora Laura Mounier de Saridakis había presentado al último Salón un bello homenaje a la mujer chilena, y agregó que, conociendo el entusiasmo de esta distinguida artista por todo lo que concierne al desenvolvimiento de las artes chilenas, creía posible obtener de ella un modelo para la medalla del Consejo. La señora Mounier, que vive dedicada exclusivamente a la pintura y escultura, aceptó gustosa la insinuación de grabar la medalla y, sin hacerse esperar mucho, ofreció el modelo que damos en fotografía y que es, como se verá, de fina y enérgica factura.

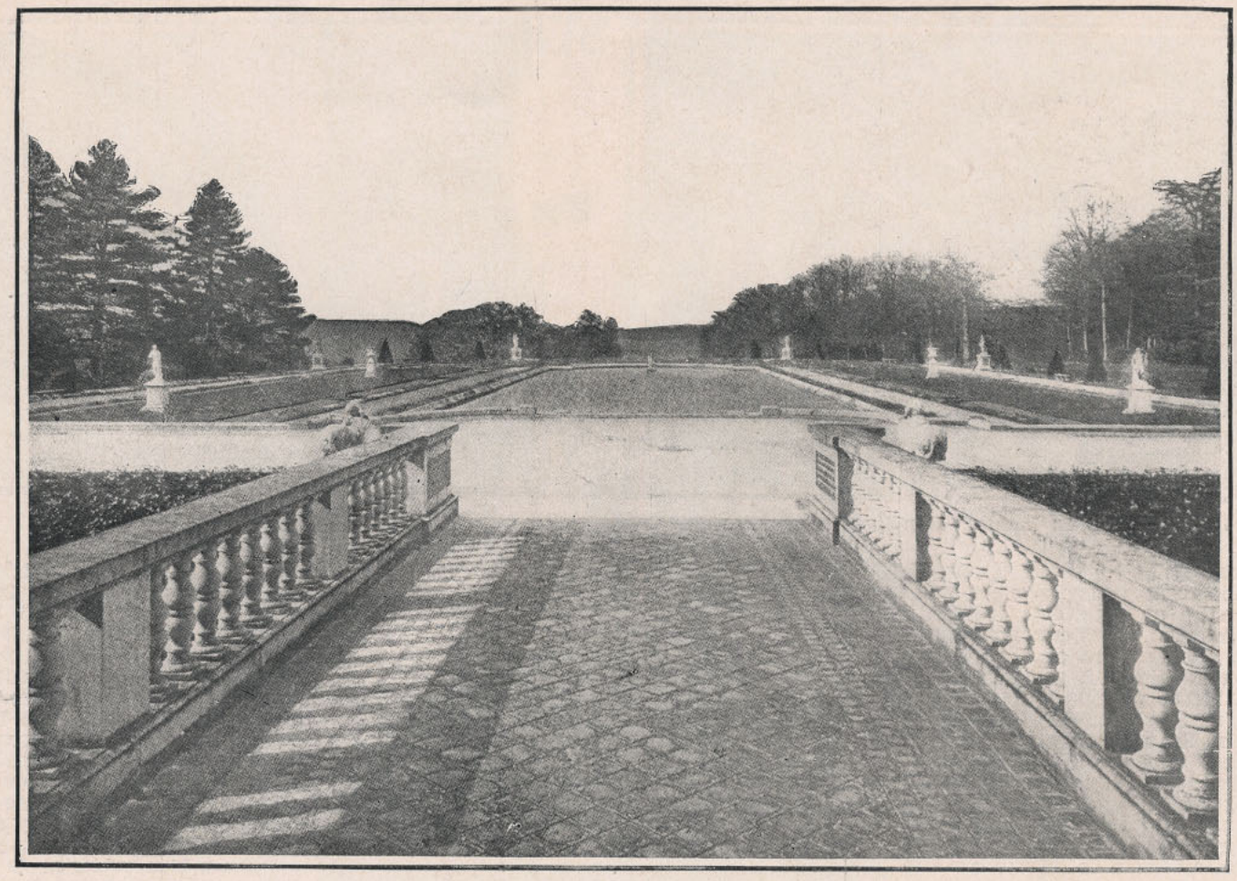
En las medallas comunes, como en las monedas, la figura emblemática está grabada casi siempre, por la facilidad de modelación, de perfil, rara vez de frente. No es esfuerzo considerable modelar un rostro de lado, porque así domina en él la línea perfiladora, la enérgica línea que, al recortar la frente, la nariz y la barba, nos lleva la mirada y casi no nos permite observar la correcta o incorrecta modelación de los planos laterales; pero sí es esfuerzo sacar del fondo inerte de la arcilla, del metal o del mármol, un rostro vívido, que muestre de frente y sin desequilibrios, todos los planos caracterizadores de su fisonomía, porque en esta labor no entra la modelación plástica solamente, sino, y en mucho, la pictórica. Es preciso que el artista guíe la línea por donde no deje ni manchas de claridad, ni manchas de sombra que perturben, por desproporcionadas, el acorde regular de los planos entrantes y salientes determinadores del claroscuro en que el rostro define su gesto. Un desequilibrio cualquiera en la ordenación de los claros y los obscuros, impide la unidad expresiva, destruye la obra. El artista debe evitar que este desequilibrio se produzca, sea cual fuere la dirección de la luz que caiga en los relieves. Y aunque nadie buscará, para apreciar la modelación de una efigie numismática, la luz cenital sino la luz oblícua, las medallas realzadas armoniosamente resisten todas las luces, aún la verticales, devoradoras de rasgos y de sombras. Naturalmente, es mejor verlas con luz lateral, como se ve la medalla de la señora Mounier de Saridakis, en la fotografía que damos, porque así los planos rostrales modelan con más intensidad el gesto de la figura y el relieve de los emblemas.

Estos, que son elegidos generalmente sin acierto, sin salir de lo tradicional, de lo mil veces hecho, tienen en esta medalla visible importancia, pues completan lo evocado por la figura republicana. La serena y augusta vida fisionómica de la efigie del anverso se une a la gracia del emblema floral del reverso, a la rama de copihues que se inclina sobre la leyenda del exergo, como si colgara de un roble bañado de sol... Estas flores, que recuerdan los bosques aborígenes, se enlazan a la figura representativa de la patria, que mira de frente, al porvenir, bajo la luz de la estrella tutelar, y así las dos haces de la medalla armonizan sus emblemas ligando la línea heroica de la figura frigia con la línea graciosa de las flores araucanas.

Retrato (mármol)

El obsequio de la señora Mounier de Saridakis es, pues, obra de innegable mérito artístico, avalorada por el intento generoso de glorificar a poetas, músicos y novelistas.

M. L. R.



El regio castillo de los marqueses de Breteuil, donde se hospedó el joven príncipe de Gales

El Castillo del Marques de Breteuil

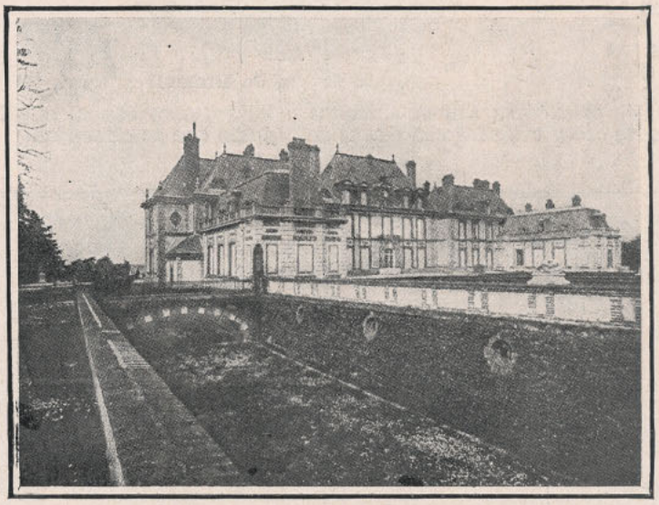
El nombre del marqués de Breteuil es bien conocido en Europa como en América, en donde ha logrado conquistarse una posición importantísima así en el mundo social como en el político, gracias a la gravedad y seriedad amable de su caracter. Aun cuando sea noble de antigua estirpe, ha logrado mantenerse en buenas relaciones con la república, llegando a ocupar un puesto en las Cámaras francesas en la época agitada del general Boulanger, al lado de sus amigos de la derecha, realista.

Fué amigo íntimo del difunto rey Eduardo VII, que siempre le visitaba durante sus residencias en París, lugar obligado para el descanso amable de los reyes. Ahora tiene de huésped a su nieto el joven príncipe de Gales que con el título de duque de Chester reside actualmente en París para perfeccionarse en las maneras y en el estilo del más ligero y agradable de los países.

La corte inglesa considera como no poca ventaja el que su heredero pueda perfeccionar su educación en la más fina de las sociedades europeas, y bajo la dirección de uno de los nobles de más refinadas maneras y de más acabada y culta educación, en orgullosa familia de Francia.

El actual marqués de Breteuil ha contraído matrimonio con una señora americana de conocida familia, pues su padre, el comodoro Gartner, es presidente del "New York Yacht Club". El encanto y la belleza de esta dama la han convertido en una de las más encantadoras y queridas personas de la colonia residente, y su casa en una de las más populares de Francia. Sus magníficas residencias de la Avenida del Bosque de Boulogne y del Castillo de Bevillier Breteuil son ardientemente solicitadas.

El castillo de Bevilliers Breteuil es relativamente moderno, aun cuando hecho con las piedras blancas y rojas que estuvieron de moda en las imponentes construcciones de los siglos dieciséis y dicisiete. El alma se esparce en la contemplación de tan espléndida morada, sobre la cual ha puesto su sello el buen gusto. La fachada principal parece haber sido construída en tres partes, semejantes en tamaño y en apariencia, a los dos amplios pabellones, de proporciones dignas que circundan su patio de honor; las ventanas altas y estrechas, en los dos primeros pisos, se abren sobre los techos de pizarra característicos del siglo del renacimiento, y están coronadas por ligeras encaladuras de ladrillo. A cada ángulo del techo se encuentran urnas artísticas que imitan las decoraciones del Palacio de Versalles. Un camino pavimentado con pizarras conduce al patio de honor, al través de la puerta de hierro laboreada. A uno y otro lado se hallan los convencionales adornos de verdura del estilo francés. En torno se contempla un laberinto de caminos pavimentados de blanco y grupos de leones y perros de mármol que parecen luchar en actitudes realistas.

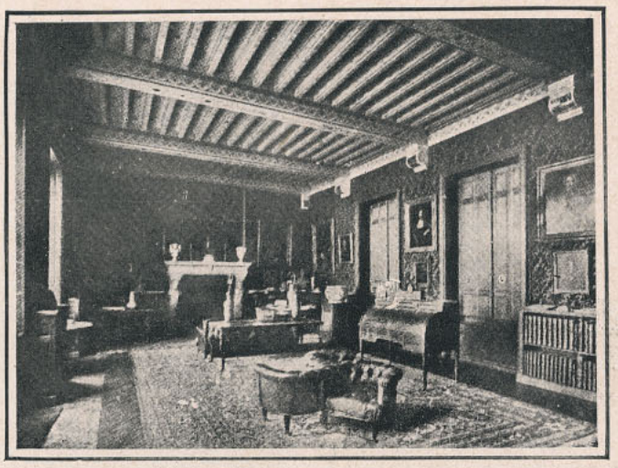


Soberbios jardines y murallas cuajadas de flores que rodean el castillo

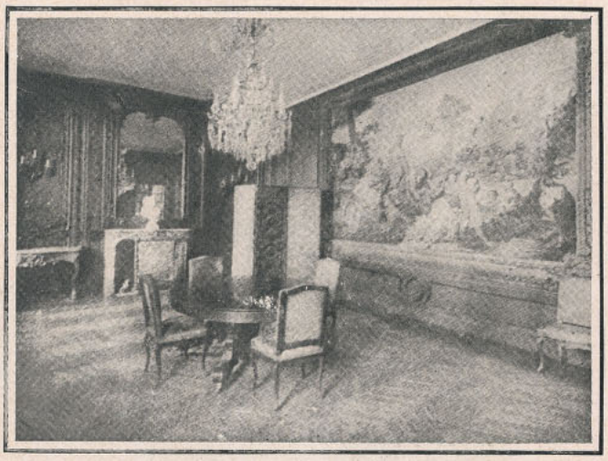
En torno del castillo se despliega una amplia pradera, al fondo de la cual se alzan las madreselvas y las yedras cubriendo las murallas de ladrillo. A lo largo corre el camino que liga el palacio al amplio pabellón en el cual se encuentran las armas de caza.

A la espalda del castillo se alza una terraza, con hermosísimo estanque en el cual se miran los jardines como en lucido espejo, con sus lechos de flores y sus estatuas, antiguas y modernas, vasos y asientos de mármol, y bellos arbustos que se extienden de trecho en trecho. Uno de los caminos de la terrraza superior conduce a un prado, junto al cual la estatua de bronce de un Fauno parece hundirse en la laguna. El agua tiembla en las tazas de mármol. A lo lejos se divisa el admirable valle de Chevreuse, por el cual se extienden los castillos antiguos y solitarios. Espesos bosques cubren la colina sobre la cual ha sido construído el castillo; las demás colinas se alargan a lo lejos en encantadoras ondulaciones, dando el más admirable espectáculo. De todas partes suben y bajan flores en la colina ornamentada de jardines incomparables. Algunos de éstos muestran lagunas en lo alto, que reflejan sobre sus aguas temblorosas la blancura de las alas de los cisnes y el tipo extraño de los patos chinos. Más lejos, cubierta de musgo, se alza una vieja torre derruída, cubierta de hiedra, y más allá se extienden las viñas sobre el tapiz de felpa verde.

Los arreglos y decorados interiores del castillo siguen estrechamente el estilo del período del cual ha sido tomada la arquitectu-



Un salón azul y oro en hermosa combinación artística de colores



El comedor y sus ricas tapicerías

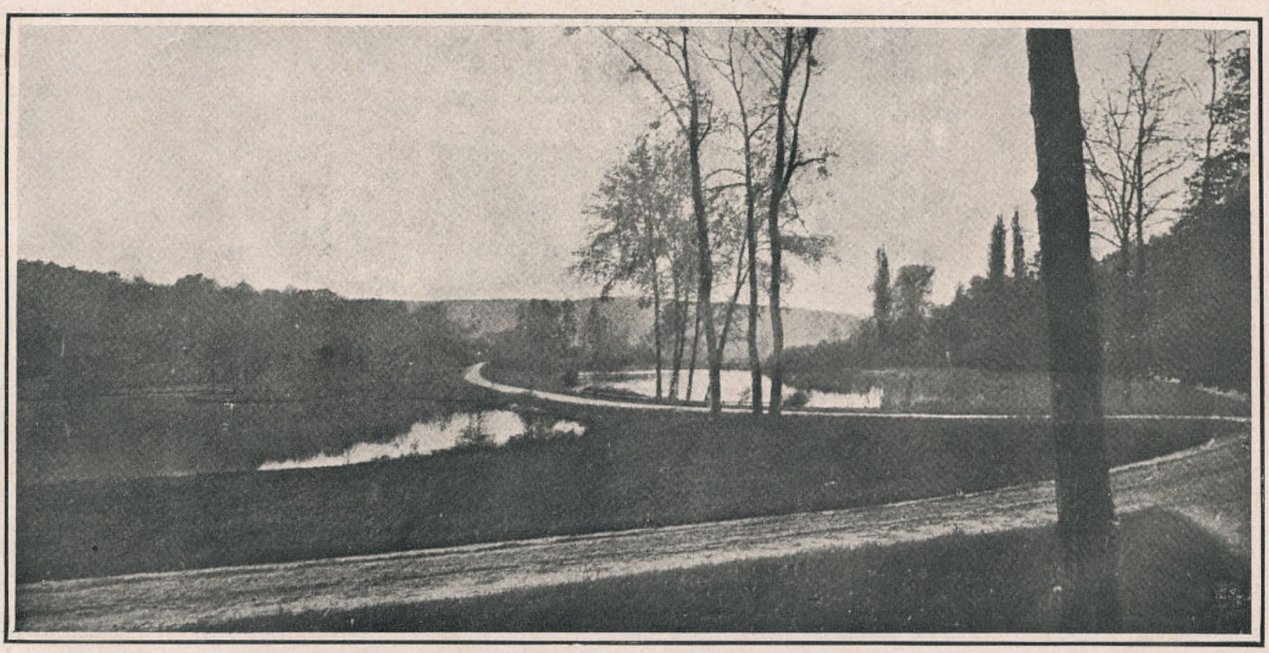
ra. Un amplio hall de entrada corre desde el dintel hasta la puerta del fondo. A la izuqierda hay una serie de vastísimos salones; a la derecha un espléndido comedor y un pasaje estrecho del cual arrancan la escalera y que no es visible a la entrada. El vestíbulo está pavimentado de mármol blanco y negro y tiene un zócalo de madera esculpida y ricamente coloreada. Un macizo aparador del renacimiento alza sus líneas nobles en uno de los costados, y otros más pequeños flanqueados de sillones góticos, hermosamente tallados, se alzan de la parte opuesta. De las murallas cuelgan brilantes tapicerías de colores que desmayan sus tonos amarillentos y verde pálido, envejecidos por la acción del tiempo. Cuelgan también de las murallas las cabezas de cuatro grandes búfalos cogidos por el marqués durante sus cacerías en compañía del rey Eduardo VII en la época en que era príncipe de Gales. Son trofeos de cacerías memorables. Despliégase también una notable colección de armaduras de diversas épocas, de las cuales llaman particularmente la atención los cascos medioevales, los yelmos, los guanteletes, los escudos y las amplias espadas de dos filos.

El comedor ha sido trabajado en el estilo de la Regencia, con muros apanelados y techo teñido de rojo, con tonalidades quemantes. Amplias y hermosísimas tapicerías encubren las paredes por ambos costados. Las sillas del tiempo de Luis XV, de avellano tallado, son verdaderas maravillas; las colgaduras son de damasco y de seda verde, bordados con hilos de oro y ovaladas con clavos de oro puntudos en forma de estrellas. Los *buffets* macizos y las mesas de servicio están igualmente esculpidos, de patas talladas y de cubiertas de mármol. Lo más interesante es el cuarto favoritodel señor marqués. Al hall cae una serie de salas tapizadas de sedas, con damascos y amplias colgaduras; de las paredes cuelgan los retratos de la familia de Breteuil. Más allá de esos salones están la biblioteca y la sala de billares que tiene ochenta pies de largo y cuarenta de ancho. Está proveída de amplios y cómodos sofáes y de sillones de cuero, mesas de escribir y mesillas de juego o bien cubiertas de libros interesantes y de grabados. Cerca de la puerta está la mesa de billar y frente a ella la chimenea monumental, toda tallada de mármol, con cariátides de sátiros. Cerca de la chimenea hay un lujoso sofá de cuero, en extremo cómodo, y a conveniente proximidad una mesa de caoba, ricamente incrustada al estilo de la época de Luis XV. El techo del renacimiento está decorado en azul obscuro y en oro, que con las entonaciones obscuras de la tapicería toma reflejos cobrizos de entonación cálida y vibrante. Este riquísimo colorido imparte a la pieza todo un aire de comodidad y de agrado exquisito y único. Tal es la pieza favorita del marqués.

La Marquesa de Breteuil

Amplias ventanas se alinean a lo largo de la muralla; los transparentes permiten deslizarse un amplio río de luz que todo lo ilumna con sus alegres entonaciones. Las ventanas de uno de los costados dan al amplio patio de honor y a las avenidas frondosas que lo circundan.

F. R.



Encantadora vista de los alrededores del castillo con sus parques y lagos

La Escuela de los Cow Boys

O creo que hombre alguno haya sabido cautivar mejor a París que ese magnífico saltimbanquis, *Buffalo-Bill,* en donde cada día y cada noche el público se estrechaba en el inmenso anfiteatro que rodeaba su arena. Es que todos esos apacibles parisienses, rentistas, empleados públicos, comerciantes, veían vivir ante su vista los héroes de su juventud: "Piernas de cuero", "Carabina negra", "El Aguila-larga", "La Rosa del Crepúsculo". Asistían a los dramas soberbios y cautivantes que habían sobrecogido su juventud, cautivado su espíritu de niños y conquistado los sueños de su infancia.

Oí un día a un estudiante joven, cómo se dejaba caer sobre su banca, angustiado todavía por "El ataque a la diligencia de Chayenne" y decía a su padre:—"Yo quisiera ser algo por el estilo".

A la hora en que escribo, mi aspirante a ser "Pierna de cuero", acaso estará reducido al oficio de escribiente en alguna oficina modesta y concentra su habilidad profesionaal en la esgrima del raspador. Toda su inteligencia despierta la consagra a la redacción de expedientes que dormirán en el polvo de los Archivos.

No quiero por eso pretender que el ideal de la vida se concentre en las exhibiciones de los circos, ni en romper huevos en la cabeza de un señor vestido de *sioux;* digo solamente que nada hay más hermoso que ganarse la vida con la fuerza de los puños, con el espíritu y con el carácter, y libre, intensamente libre, beber a trago largo la intensa poesía de la naturaleza primitiva, embriagarse con el entusiasmo de ser verdaderamente un hombre, a la vez que se hace fortuna como cualquier otro, según la suerte o el mérito personal.

Y esto es lo que hacen esos *Cow-Boys,* que no todos son guardadores de vacas, ni se encuentran todos en *Buffalo Bill,* con el traje clásico, cogidas las piernas por los pantalones de cuero, el pañuelo al cuello y el sombrero stetson sobre la cabeza, el torso protegido por la camisa de franela azul, y el revólver *colt-frontier* al alcance de la mano y pronto a dar fuego, tal como recorren la llanura allá abajo, en los prados de Texas y de Arkansas, de Dacota, de Idaho y de Montana, en Colorado o en Nebraska.

Existen en el Canadá, en las provincias de Alberta o de Sascachewwan; los hay en el Africa del Sur y en Australia; en estos últimos países se les llama *Stockmen* o *Buschmen,* y su traje es diverso, pero en su vida así como en sus trabajos se asemejan. Buen número de brutos, entre ellos, permanecerán siendo vaqueros, pero los audaces y los inteligentes se abrirán paso con seguridad. Cuando se trata de formar una alquería o una hacienda, un *ranch* en el oeste del Canadá o una *station* en Australia, el cow-boy es el instrumento indispensable. Pero se necesita hombres que se encuentren al corriente de las necesidades de la vida en la pradera, de las necesidades del cow-boy. El recién llegado o como se le llama el *Tenderfoot* (pie tierno), ignorante e inexperto, es bastante mal recibido.

Para hacer su aprendisaje tiene que pagar pensión, y muy a menudo trabaja gratis durante un par de años, en los cuales apenas si se le enseña barrer los establos.

Por el contrario, el hombre sólido que sabe entenderse con el caballo, ensillarlo, domarlo, reunir el rebaño de bueyes, preparar la cocina, curar los animales enfermos, es acogido con los brazos abiertos y puede ganarse fácilmente la vida, y adquirir concesiones como en el Canadá en donde hace rápidamente fortuna.

Lazo en mano

Es verdadero placer, para nosotros los aficionados a la humanidad sana y fuerte, a la vida enérgica, el contemplar en todos los países de grandes crianzas esos tipos soberbios y audaces, el asistir a las fiestas que dan en ocasiones, como anualmente en *Cheyenne,* en donde los gitanos, los tiradores de lazo y de rifle rivalizan en habilidad y en constancia, así como en resistencia. Pero hasta ahora esos espectáculos estaban reservados a los exploradores de tierras lejanas. Ahora en Sheperton, sobre el Támesis, se puede ver ese espectáculo en plena campiña inglesa, con auténticos *cow-boys* que vagan en sus ocupaciones ordinarias, en plena actividad, haciendo gala de su destreza. Los véis galopando a toda carrera, domando potros, arrojándose al suelo para recojer un pañuelo caído en el suelo con maestría consumada, mientras que otros se dejan caer para recoger un sombrero sobre la yerba, y los de más allá se persiguen borneando el lazo en zig-zag.

¿Será por ventura que ahora la América está emigrando hacia Europa, y que la verde Albión va a ser una sucursal de las praderas?

Lo que hay es que dos ingleses, el capitán Morgan y Mr. French, tienen la idea de multiplicar el número de los cow-boys tan sumamente útiles y presentarlos instruídos y aptos para las obras de la colonización. En el *Imperial School of Colonial Instruction,* se prepara un cow-boy en seis meses. Se e deja pronto para la apasionada lucha que constituye su existencia. Nadie se hallaba mejor preparado para esa obra que el capitán Morgan, inventor de una admirable silla y ayudante del general French en la Guerra de Sud-Africa, en la cual formó parte de la célebre Policía montada. La vida de las praderas le es tan familiar como a los héroes de Gustavo Aimard. French perteneció al primer regimiento de los Australian Buschmen. Es el maravilloso jinete que sea dable contemplar. Así como Morgan, conoce Australia y el Africa

Dos famosos laceadores

Mr. French mata culebras

del Sur. La crianza y el domar caballos no tienen secretos para él.

Han realizado la curiosa alianza que el fabulista preconiza entre el ciego y el paralítico, con la diferencia de que el ciego ve de noche, como un felino, y el paralítico salta un caballo con la sonrisa en los labios. Se ayudan mutuamente.

Sacando partido de su doble experiencia, han tomado como principio el hacer aprovecharse a todos los países coloniales de los métodos, de los procedimientos, que han tenido buen resultado en cada uno de ellos. Por ejemplo, la silla americana y el lazo, indispensables a los criadores desde Canadá hasta Méjico, no son usadas en Australia, en donde ahorrarían mucho tiempo y esfuerzos para la captura y arreglo de los caballos. Cada país de la tierra tiene costumbres y procedimientos prácticos que les son propios, pues nacidos de necesidades locales han permitido a los hombres el vencer dificultades que se oponen en aquel suelo especial al desarrollo de su vida. Mas, semejante procedimiento, indispensable en Australia y engendrado por las necesidades de aquella tierra, pudo ser de grande utilidad, de la ayuda inapreciable, en tal otro país que lo ignora y no hallando en él cuestión de vida ó muerte naturalmente no se sentirá llamado a inventarlo.

Otro tanto acaece con el *stock-whip*, o *cattle-whip*, ese látigo australiano de cinco ó seis metros de largo para los guías de grandes ganados; los americanos no le conocían; mientras con semejante aparato, un sólo hombre puede hacer la obra de tres *cow-boys* armados de cuerdas y de revólvers. Mr. Morgan toma a cada colonia cuanto tiene de útil para las demás. De esta manera los alumnos de la Institución Imperial de Shefferton en Thames, reciben, en cierto modo, una educación enciclopédica. Sábese que en tiempo de Shakespeare se plantaba en el proscenio una decoración que decía: "esto es un bosque", o "aquello es un castillo", de igual manera en la escuela de instrucción colonial los directores deciden "esto es el Cabo" y "aquello es Australia", todo según destinen a una o a otra de las colonias al alumno. Así viven estos en el medio en el cual se encontrarán más tarde. Están iniciados a las particularidades de cada país por la reproducción exacta de las casas, de los corrales, de los establos, parques, tales como más tarde habrán de encontrarlos y de la comida tal como habrán de tenerla.

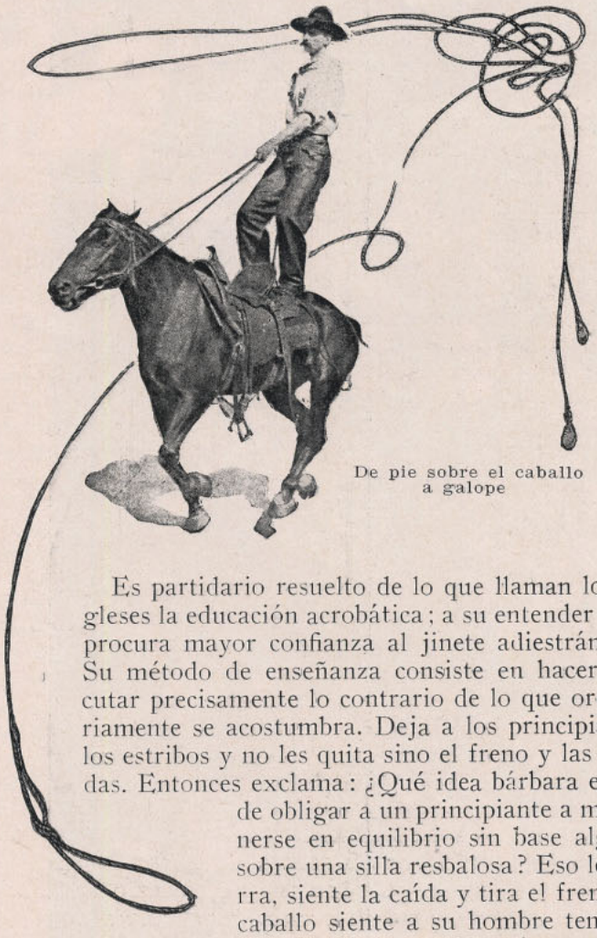
Proezas ecuestres de un cow-boy

Durante el verano esos señores se acuestan bajo la tienda, en el invierno en *Buk-houses* o en *log-houses*, que han construído por sí mismos. Su tiempo transcurre entre la equitación, el amanzar caballos, el herrarlos, el manejo del lazo, de la hacha, del *stock-whip*, de la cocina del vivac, y

Momento peligroso. El caballo se tira de espaldas

el arte de orientarse en el desierto, la construcción de barracas y habitaciones de madera, el tiro de revólver y de winchester, el arte de tratar a los animales y de curarlos en sus enfermedades. Semejante aprendizaje no pasa sin algunas muestras de padecimiento de los que lo ejecutan, particularmente en cuanto se usa el látigo de ganado, que cuando se maneja con torpeza resulta un verdadero castigo para el infortunado aprendiz de cow-boy. Además, los futuros colonos practican diariamente el box y el jiu-jitsu.

En cuanto a French, él es el verdadero terror de la Escuela; él es quien les enseña a montar y el manejo de los caballos. Es un gran diablo de dos metros de alto, y de bigotes rubios, flaco y largo como una cigarra, nervioso como una culebra y con ojos de niño.



De pie sobre el caballo a galope

Es partidario resuelto de lo que llaman los ingleses la educación acrobática; a su entender nada procura mayor confianza al jinete adiestrándole. Su método de enseñanza consiste en hacer ejecutar precisamente lo contrario de lo que ordinariamente se acostumbra. Deja a los principiantes los estribos y no les quita sino el freno y las riendas. Entonces exclama: ¿Qué idea bárbara es esa de obligar a un principiante a mantenerse en equilibrio sin base alguna, sobre una silla resbalosa? Eso le aterra, siente la caída y tira el freno. El caballo siente a su hombre temblar, se encabrita y ya tenemos al jinete en el suelo. A la verdad, la equitación es el único sport en el cual se principia por lo que hay de más difícil. ¿Por qué no dáis al aprendiz de bicicleta la orden de mantenerse sin manillas? Por el contrario, el hombre sostenido por los estribos no se enerva, toma confianza y poco a poco se acostumbra a sostenerse únicamente con las piernas, a no tirar de la rienda y hacer sus brazos independientes sin perder el equilibrio. En tiempo reducido se sirve del freno con maestría. Entonces suprimidle los estribos i queréis, ya es todo un jinete, ya no se caerá.

Por tal razón los alumnos de French son todos magníficos jinetes, excelentes horseman.

No creo que exista en el mundo una escuela cuyos alumnos sigan con igual ardor sus cursos; lo hacen con alegría, ese trabajo armonioso; los alumnos *cow-boys* querrían una clase más para ellos.

El señor French, que es el rey del látigo, dirige las lecciones con la punta de su rebenque de seis metros de largo, puede quitaros la ceniza del cigarrillo colocado sobre vuestros labios, de un latigazo, pero con estrépito ensordecedor. Practica un sport bastante extraño: cuando se caza alguna serpiente en el país, se la llevan, la coge y haciéndole dar un golpe como si fuera látigo, cogida de la cola, le hace saltar los sesos por la boca.

En cuanto al lazo, es un galense quien le enseña, es campión del Idaho. Al mismo tiempo que da vueltas al lazo, canta una canción de por allá.

Todos cuantos han probado la vida magnífica llevada en el "Aparejo", y que por cualquiera razón han debido renunciar a ella, la recuerdan con cariño.

Los que la han vivido entera, con sólo seis meses, tienen la experiencia de muchísimos años. Son hombres; su color se ha quemado, su pecho se ha desenvuelto. Su espíritu ha madurado en esa escuela normal y sana. Han aprendido a servirse por sí mismos, han tomado conocimiento de su propio valer físico en contacto con la naturaleza y con los animales todavía sin domar, adquiriendo la energía indomable, el golpe de vista y la decisión. Obligados a vivir sin lujo, han reconocido pronto su utilidad.

Se han endurecido las manos y el cuerpo, mas no el corazón. Adquiriendo el sentimiento de la propia dignidad, aprendiendo a sangre fría, haciéndose bravos, han llegado a ser buenos.

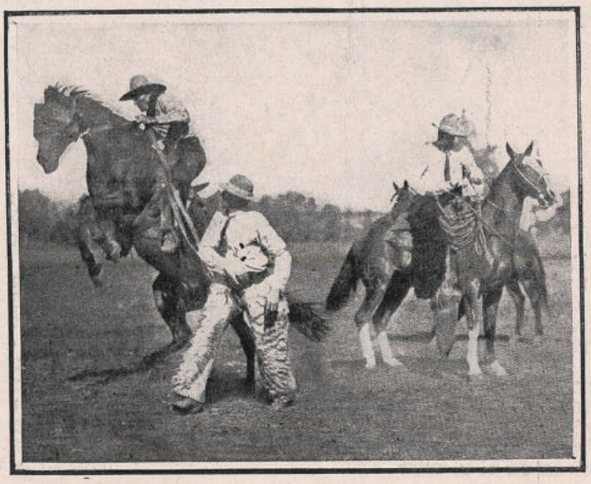
Seis meses de semejante existencia deberían ser el complemento de toda enseñanza verdadera, sea para ser cowboys o ciudadanos.

Se piensa en establecer en Francia una escuela semejante, que sería de sumo provecho, y talvez nos convendría su implantación en América del Sur, en donde tenemos pendientes todos estos servicios, sea en nuestros campos del sur o en los de la Patagonia con sus valles fértiles y espaciosos.

Esta educación verdaderamente práctica, vale más que la educación teórica y literaria que se da en nuestras ciudades y que es verdaderamente deprimente. Cerca de la naturaleza, los niños crecen más morales y de mejores costumbres; se aficionan a los sports, endurecen su cuerpo y se preparan para la buena gestión de los trabajos de una hacienda. Sería de desear que en Chile se implantara esta serie de servicios prácticos de campo, aquí en donde la principal tarea es la agricultura.

P. LECOMTE

(Arreglo de F. R.)



¡En silla!

ENTRE FLORES — FOTOGRAFIA ARTISTICA

A RUBEN DARIO

Maestro de maestros, a quien hoy día baña
la luz de sol de gloria de América y España,
Mago sereno del cincel
renovador augusto del ritmo y la palabra
que has hecho que la musa un nuevo alcázar abra
y el español habita en él:
A tí suben mis versos porque, Maestro, pienso
que, en un tosco incensario, siempre el grano de incienso
todo su aroma verterá,
porque, en el entusiasmo que tengo por cantarte,
el brillo y la belleza de que carece mi arte,
la admiración lo suplirá.
Ahora que tu genio al arte hispano salva,
cuando hastiadas pupilas encuentran en tí el alba
de un bello día de esplendor,
en el turbio tumulto que te aplaude y aclama,
mi corazón que todo lo grande y lo bello ama
ha confundido su clamor.
Tienen tus pensamientos fuego de atardeceres
y recuerdan tus rimas caricias de mujeres
y vibraciones de cristal;
rebozantes de néctar, tus estrofas son copas
o refulge en tus versos la gloria de las tropas
con ronca música triunfal.
En la selva del arte que todos recorremos,
has abierto un sendero que va entre crisantemos
siempre cambiantes de color,
y la turba que andaba por la ancha carretera,
siguiendo tu sendero descubrió una pradera
con luz, rocío, aroma y flor.
Has conseguido el triunfo tras soberbios combates,
de América y España hoy te siguen los vates,
inmarcecible es tu laurel...
En el coro de triunfo se confunden mis voces:
ahora, gran Maestro, quizá no me conoces:
seré mañana en tu vergel.

JORGE HÜBNER BEZANILLA.

Setiembre, 1912.

EN LA CARRETERA

...El carretero—han dicho los periódicos—tuvo la desgracia de caerse del sitio donde iba sentado y una de las ruedas del carro le pasó por encima, dejándolo muerto...

¿Recomponéis la escena?... No puede ser más vulgar, y, sin embargo, hay alrededor de ella un silencio augusto, una impasibilidad fría, una mueca tan evidente de hecho irrevocable y preciso, que sentimos el roce de la fatalidad.

La carretera gris, polvorienta, con sus montones de grava reverberantes bajo la furia del mediodía y el calor pesa sobre los hombros del sol, se aleja zigzagueando por entre la opulencia verde y oro de los campos cultivados. Es caminante. El cielo azul tiene una limpidez cruel. A largas distancias, interrumpiendo la monótona esmeralda de los sembrados, blanquean los bardales de una huerta, o la chimenea de una casita de paredes enjalbegadas y techumbre bermeja, lanza al espacio, como un grito de hogar, una pequeña columna de humo. Presta severidad al panorama la melancolía de los olivos, plantados en los declives del terreno. Borrachas de luz, las cigarras repiten su canción monorrítmica, estridente y suicida. Estremecidos por la brisa, inundados de sol, los rubios trigales que las amapolas salpicaron de sangre, ondulan, amarillos y rojos, como una bandera de Castilla. Ni ladridos, ni cantares. Todo reposa, todo duerme, en el bochorno oriental de la siesta.

Unicamente, a lo largo del camino, el carro cargado de sacos de harina avanza lentamente dejando tras sí dos surcos profundos, y tan pronto se inclina a un lado, como a otro, según las desigualdades del terreno. Hasta seis mulas, poderosas y cubiertas de sudor, tiran de él, y el estrépito de sus colleras vibra a compás. El carretero, sentado en una de las barras, las piernas inertes, un brazo apoyado sobre el redondo cuadril de la mula primera, va medio dormido, que el sol marea y aturde lo mismo que el alcohol.

A intervalos, un estremecimiento más rudo del convoy le despierta, y sus ojos reconocen el paisaje y se detienen inteligentes sobre el ganado. No todos los animales ponen en el trabajo la misma voluntad; los hay perezosos y ladinos, que se reservan y encomiendan al compañero su parte de dolor; las correas del tiro lo indican; y aquello no está bien: hermanos son todos y por igual deben fatigarse.

La voz del mayoral resuena, justiciera y niveladora:

—¡Arre, *Pintada!*... ¡Arre, *Delantera!*...

Y por dos veces el látigo restalla aguijador. Ahora el convoy va subiendo una cuesta; crece el ahinco de los animales, cuyas largas orejas se balancean isócronas sobre el fondo ceniciento del camino. Detrás del mayoral, muy cerca, una de las ruedas del carro, bruñida por el áspero roce del piso seco, adelanta amenazadora, sin tocarle nunca. El hombre, tranquilizado por la bondad de la carretera, satisfecho tal vez de lo que hizo aquel día, se ha dormido. No teme nada, no se acuerda de la muerte que va a su lado, en aquella rueda poderosa, brillante, que avanza tras él...

De pronto, al pasar un bache, el convoy se estremece fuertemente, el carretero pierde el equilibrio y cae al suelo, y apenas cea cuando la rueda que le seguía, que parecía acecharle, le alcanza y le destroza. Ni tiempo tuvo la víctima de lanzar un grito. El ganado, soñoliento, bajo el sol, ajeno a la tragedia, continúa andando, andando...

Y hay en el fin obscuro de ese hombre la elocuencia de un símbolo. Es el fin de los revolucionarios, de los artistas, de los conquistadores ,aplastados bajo la grandeza de su obra. Ellos dieron la voz de la rebelión, originaron el movimiento, y cuando quisieron detenerse fueron alcanzados por su idea y muertos por ella. La humanidad rueda impasible sobre cadáveres de hombres; es el carro que sigue...

EDUARDO ZAMACOIS.

Pedir las últimas novedades de Perfumería Oriza

Blason d'Or, Eventail, Relique d'Amour, Etc.

Ensayarlas es adoptarlas. De venta en las principales Boticas y Perfumerías y en la Botica Francia.

L. LEGRAND
PARIS.

FAMILIA

REVISTA MENSUAL

Modas, Labores de Mano, Modelos de Muebles, Casas, Cocina, Consejos para el hogar, Cuentos, Novelas, Música y cuanto pueda desear una buena dueña de casa.

Unica en su género en Sud-América

SE PUBLICA EL TERCER DOMINGO DE CADA ME

Material ameno é instructivo

Precio: UN PESO

Suscripción anual: DIEZ PESOS

Debido á la excelente acogida que le ha dispensado la sociedad en general, cada vez aparece más interesante y nutrida de material que va llenando cumplidamente las expectativas de sus lectores, para cuyo fin la Empresa editora no omite sacrificios de ningún género.

"FAMILIA", puede decirse, suple con ventajas la falta de publicaciones extranjeras de su clase, las que por su alto precio y limitada circulación en el país no están siempre al alcance de tantas personas que necesitan una revista de modas. - Hay colecciones completas desde el primer número.

Dirección y Administración: CALLE TEATINOS, 666

¿Está usted fatigado por un trabajo cerebral excesivo? ¿Está usted anemiado por un clima debilitante?

¿Quiere usted apresurar su convalecencia, ó sencillamente poder dedicar mayor suma de fuerza física á los deportes?

En cualquiera de estos casos,
tome usted la

BIOFORINA

Es un producto de sapor muy agradable :: que estimula las facultades intelectuales, :: las sostiene en su esfuerzo, al mismo tiempo que aumenta la capacidad del trabajo muscular

Véndese en todas las Farmacias :: :: Exíjase la Marca
A. GIRARD, 48, Rue d'Alésia - PARÍS

Terso como el marfil Fresco como la aurora
Perfumado como el aliento de las flores
Más suave que una caricia de niño

es el rostro de la que usa la

FLORÉÏNE

CREMA DE BELLEZA

La Crema Floréïne hace desaparecer EMPEINES, RUBICUNDECES, COMEZONES, y realiza la higiene completa de la piel.

A. GIRARD, 48, Rue d'Alésia - PARIS

CRÈME SIMON

La **Gran Marca** de las **Cremas** de **Belleza**

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

POLVO DE ARROZ SIMON
SIN BISMUTO

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Exíjase la Marca de Fábrica: **J. SIMON — PARIS.**

SELECTA

REVISTA MENSUAL ARTÍSTICA | EDITADA POR LA EMPRESA ZIG-ZAG

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Un año	$ 10.00
Seis meses. . .	5.50
Número suelto.	1.00

SUMARIO

Págs.

TEXTO

Hechos y notas, Luis Orrego Luco 210
Un gran baile de fantasía 212
La tumba del poeta, José Rodríguez Failde 214
La vida ignota, Carlos González Peña 215
Conversando sobre Arte, Richon Brunet 216
Pablo Espada, Matilde Serao 220
Tierra y cromos, Miguel Luis Rocuant 224
Un gran músico francés, F. R. 227
Amores ultra humanos, Tancredo Pinochet 230
Un drama de Oriente, A. Silva 234
Las viejas óperas, C. G. P. 236

Págs.

GRABADOS

La primera rosa, C. A. Leonir 209
La mujer y el león 211
La fumadora, fotografía artística 219
Romance, fotografía artística 222
Marina germana en los tiempos paganos, Hugo Vogel 231
Un día de Mayo, Fritz August v. Kaulbach 235

TRICROMIAS

Doña Tadea Reyes de García, Monvoisin.
Primavera, Hans Klatt.